

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—El Domingo de Piñata.—A los pianistas.—Modas de París.—Esplicacion de la hoja de labores y bordados.—El amor en el siglo XIX, conclusion, por la Sra. D.^a M.^a del Pilar Sinués de Marco.—Las siete virtudes capitales, por D.^a Robustiana Armiño de Cuesta.—La Hipocresía del vicio, comedia por D. Manuel Breton de los Herreros.—Sinónimos castellanos, por D. Manuel Breton de los Herreros.—Las dos amapolas, por Selgas y Carrasco.—Revista de Madrid, por D. S. de Mobellan.—De los sueños, por D. Adolfo de Castro.—Soneto.—Geroglífico.—Nuevo manual de señoritas (en la cubierta).

LÁMINAS.—Figurin de vestidos para señoras.—Dibujo de tapicería en colores.—Patron de vestidos para niños, bordados y labores.

ADVERTENCIA.

El atraso con que hemos recibido el figurin de Modas para Señoras, nos impide el dar la correspondiente esplicacion, la que insertarémos en el inmediato número.

EL DOMINGO DE PIÑATA.

Hay costumbres que no tienen sentido comun, y una de las mas notables bajo este concepto es la celebracion del Domingo de Piñata; Domingo que segun el calendario no es mas que el primero de cuaresma, y por mas señas aquel cuyo evangelio nos habla de como el diablo quiso tentar á Ntro. Sr. Jesucristo en el desierto. Esta coincidencia ha hecho surgir en nosotros la siguiente reflexion. ¿Habrá quedado tan mal parado el diablo en sus tentaciones de este Domingo de Piñata como quedó mal parado en las que intentó allá

MARZO.

contra Jesus? No necesitamos repetir aquí la respuesta que nos hemos dado á nosotros mismos, porque ella es tal que se cae de su peso.

Pero decíamos que esto de la Piñata no tiene sentido comun, y la cosa es tan evidente que bien pudiéramos ahorrarnos la prueba. Absurdo y todo como lo es el entierro de la sardina, siquiera no lo es tanto como la celebracion de este dia, en el que despues de cuatro de cuaresma, con dos potajes de lentejas ó de frijoles de intermedio, con tal cual ayuno, con tal cual sermon vespertino, acaso con la frente encenizada todavía, con un par de tríduos entre pecho y espalda, y con papeletas en casa para seis novenas ó setenarios, la muger que mas y la que menos hace un paréntesis á la colacion, guarda bajo de llave el rosario y el eucologio, hace rabona al Jesus Nazareno del patio de S. Antonio, y endosándose un capuchon ó un vestido de maja pasa la noche de baile, y aquí toma una polka, allí emprende una schotisch, mas allá se bambolea dulcemente en una dancita habanera, hasta que al echar Dios sus luces por este lado de acá del mundo vuélvese á su casa, duerme, almuerza, saca de nuevo el rosario y el traje negro y el manton, y se prepara á continuar aquella noche la interrumpida serie de los sermones, de los tríduos, de las novenas, de las acelgas y de las espinacas: en suma, vuelve á entrar en cuaresma, á la cual ni el nombre ya le cuadra, puesto que no viene á componerse en rigor hoy de cuarenta dias, sino de treinta y nueve, toda vez que su primer domingo, segun los actuales usos, no hace parte de ella.

Sin embargo, como nuestra autoridad sea nula para reformar el mundo, habremos de contentarnos con pintarle tal cual es; si al mirar su retrato se parece algo feo, no será por cierto la culpa nuestra.

El Domingo de Piñata no es de importacion muy antigua en España. Nosotros he-

15^{1/2}



mos conocido una época en la cual, fuera de ciertas y muy contadas poblaciones, nadie conocía ni aun de nombre á este Domingo. Pero es condicion de las cosas altamente buenas el ser aceptadas tan pronto como se llega á comprender su utilidad, su importancia ó su conveniencia, y así es que hoy día el de Piñata es el verdadero carnaval, en cuanto á máscaras y á bailes, sirviendo solo los tres anteriores para abrir el apetito de este, bien así como el encurtido, las anchoas y las aceitunas no constituyen en rigor los platos fundamentales de una comida, sino los alicientes para que estos tengan, cuando les toque su vez, preparado el paladar para recibirlos mejor.

Fuera de las máscaras sueltas, cuyo número ha sido extraordinario, no han faltado comparsas organizadas, llevando las mas sus respectivas músicas mas ó menos sonoras, desde un par de guitarras hasta bombo, platillos y pandereta. Sin embargo, en ellas ha estampado el siglo su sello característico. Otras veces se veían por esas calles comparsas que las recorrían en carruages primorosamente adornados, arrojando aquellas dulces á las señoras que encontraban al paso. De poco acá estas reuniones no solo son pedestres, sino que en vez de regalar confites piden dinero y acosan á los transeúntes á guisa de estudiantes de la sopa, de penitentes de cofradía, ó de concertistas ambulantes, de esos que hacen bailar á la mona al son del organillo. Estos dicen: «Ya que me visto de máscara, que me lo paguen.» A lo cual pudiera muy bien replicarse: «¿Pues tienes mas que quedarte en tu casa ó salir á la calle con tu ropa de todos los días? ¿Qué tengo yo que ver con que te pongas un cucurucho en la cabeza y un toneletito con moños, cuando yo no te he mandado que andes por ahí de mogiganga?»

En la noche del ya citado día se presentó en la calle con toda solemnidad una comparsa merecedora por muchos conceptos de especial mencion. El que abría la marcha llevaba un gran farol de colores, en cada uno de los lados del cual se leían las siguientes palabras: *Adelantos del siglo XIX*. Tras este conducía otro una bandera blanca con un letrero que decía: *Entierro del palanganero*. En seguida de ambos caminaba otra máscara con un estandarte en cuyo centro se veía pintado un palanganero en el acto de ser sobado por dos personajes con largas orejas que semejaban astas. La inscripcion decía: *Siglo 19*. Dos faroles de colores colocados so-

bre sendas varas servían para alumbrar este dibujo. Venía luego una música militar completa, y despues de ella el resto de la procesion compuesta de cosa de una docena de faroles, tambien de colores varios, llevando en el centro de ambas hileras y sobre unas andas un colosal palanganero, de cuyos tres pies salían otras tantas banderolas con los nombres de tres de los principales espíritus, á saber, Odiuz, Aprieta y Fafa. Cerraban la comitiva algunos oficiales con varas, presidiéndola un venerable barbudo de ropa talar y blanca cabellera.

Este entierro paseó repetidas veces las calles mas concurridas de la ciudad, haciendo algunas paradas y quemando fuegos de Bengala de muy buen efecto.

No fué esta la sola broma á que han dado lugar los palanganeros. Uno de estos era conducido por algunas máscaras, y despues de colocarle en el suelo y de ser bien manoseado segun arte, y precedida la pregunta á los espíritus para investigar si estaban ó no presentes, el que dirigía la operacion suplicaba á las señoras que ocupaban los balcones hiciesen al espíritu las preguntas que tuviesen á bien, las cuales, así como las respuestas, daban grandemente que reir á cuantos presenciaban aquella donosa burla.

Respecto á bailes diremos lo que podia suponerse: esto es, que estuvieron concurridísimos hasta con esceso. En el teatro Principal no cabía mas gente; en el Liceo no era menor la concurrencia; el acreditado Circo se despidió del Carnaval sin haber desmentido hasta el último momento las glorias de sus mejores días. Aquello, segun noticia, no se ha parecido mas que á sí mismo. De los demás bailes ignoramos el éxito.

F. F. A.

A LOS PIANISTAS.

Hemos tenido ocasion de ver y oír los preciosos pianos que tiene de venta el Sr. D. Juan José Quirell en su casa habitación calle de las Descalzas número 18, y aunque nuestro voto en la materia no sea por cierto de autoridad bastante, entendemos que para apreciar ciertas cosas solo se necesita tener oídos, y que estas ciertas cosas son aquellas en que para nada entran los misterios del arte.

Los pianos en cuestion se hallan en este

caso. Bellísimas, sonoras y rotundas voces, multiplicidad de los registros que las modifican, suavidad en la pulsación; de esto pueden juzgar todos los que no tengan las orejas del rey Midas.

Pero estos pianos, además, no constituyen solo un instrumento. Son un adorno digno de los mejores salones por sus formas elegante y por el esquisito primor con que están contruidos.

El Sr. Quirell posee los certificados de las fábricas de Londres y París que acreditan la legítima procedencia de sus pianos.

F. F. A.

MODAS DE PARÍS.

El Carnaval se presenta muy brillante y muy animado. Los bailes de trages y los de etiqueta se suceden. En fin, por todas partes fiestas, así en la corte como en el supremo gran mundo. La clase media y el alto comercio festejan también el Carnaval, y no son los últimos en dar encantadores bailes. La vida de las coquetas se reasume pues en mandarse hacer equipages de baile. No digo en *probarse* trages, porque desde la invención de los *bustos mecánicos* de Mr. Bienvenu nadie se prueba ya los trages. Es esta una mejora importante y utilísima, cuyo mérito aprecia cada día mas las jóvenes.

Antes de describir los vestidos de baile volveré á decir dos palabras del ahuecador de tejido imperial. Este nada tiene que ver con la crinolina, ni con esas horribles jaulas de acero ó de mimbres que hacen ridícula y deforme á una muger. Ahueca, siendo al mismo tiempo simple y gracioso.

Ahora podemos hablar ya de trages y de prendidos de baile.

Voy á citar un prendido italiano, formando catalana de cinta color de púrpura sobre la cabeza, con una lluvia de yerbas verdes muy largas cayendo por cada lado. Por detrás, corona de verbena color de púrpura. Este mismo prendido se varía conservando la catalana de cinta púrpura y poniendo en vez de las yerbas collares de cuentas de oro, y en vez de la verbena corona de geranio hecha de terciopelo púrpura.

Un adorno para joven soltera, formado de tres gruesos nudos de terciopelo azul de China, atados con collares de perlas blancas cayendo hasta la parte inferior del cuello.

No hay para qué decir que cada prendido tiene necesidad de un peinado que esté en absoluta relacion con su género y con su estilo. Es conveniente que el peluquero conozca de antemano aquel para disponer y crear este.

Es indispensable, para impedir la caída de los cabellos, que naturalmente han de padecer en la confección artística de los peinados huecos y voluminosos, hacer uso todas las noches del *Agua-Chevalier*, admitida á la Exposición universal. Este agua, así empleada, tiene mas acción sobre el cuero cabelludo; vivifica el bulbo capilar, le fortifica, le dá lustre y color. Los cabellos enfermos no tardan en entrar en convalecencia, y se vuelven jóvenes y bellos. El *Agua-Chevalier* ha obrado mas de un milagro sobre cabezas completamente calvas, las cuales han hallado una segunda cabellera. Esto no se consigue ciertamente en un día ni dos; pero con la paciencia y el tiempo los cabellos brotan perfectamente.

Los trages de baile son siempre de tul, de gasa, de crespon ó de tarlatana. Estos vestidos vaporosos están muy de moda, y tanto mas cuanto que ellos no escluyen de modo alguno los encages, al contrario. Las túnicas de encages están encantadoras sobre sayas de crespon liso ó de tul, con dos volantes.

Demos la descripción de algunos trages. Uno, para baile, de muaré *antique* rosa. Sobre la saya dos ricos volantes de punto de Inglaterra sostenidos por dos volantes de crespon rosa, orlados de una colmena del mismo crespon. En la cabeza del encage, la misma repetición del crespon rosa con crespon negro.

Una bata de brocatel color de malva con ricos dibujos de ramos, bordado de China. A los lados dos montantes de raso blanco picado, formando peto y ensanchándose hacia las caderas á modo de delantal. Mangas persianas, compuestas de un pequeño ahuecador de brocatel, y cayendo hasta media saya en largas mangas abiertas y puntiagudas de raso blanco picado. Cordon para la cintura malva y blanco con bellotas de flores.

El estilo á lo Luis diez y seis hace furor. Los trages, los prendidos, las joyas están copiadas de los cuadros de aquel tiempo. Jamás se ha visto igual profusión de perlas. La casa Mariton hace graciosísimas cófias de perlas que aprisionan el torcido de los cabellos. Estas cófias están guarnecidas todo al rededor de un hilo de perlas. A los lados y á la

parte del cuello, almendras y flores del mundo, hechas tambien de perlas. Cordon de perlas en medio de los bandós. Esta misma cófia, hecha de grandes cuentas azules, aparecia en la noche del último jueves con una coquetería mitológica sobre los cabellos de oro de una reina de la belleza y de la juventud. El prendido de corte, creado por la casa Mariton, tiene todos los aires de duquesa. Compónese de cordones de cuentas de oro que sugetan en el cuello plumas desarrollándose en cascadas. Estas plumas están puestas en la parte mas baja del prendido. Es necesario tener la gracia de la emperatriz Eugenia para permitirse semejante adorno.

Los cordones de pedrería son preferibles á los cordones de cuentas de oro; pero ni todas las posiciones ni todos los bolsillos pueden encargar á Detouche diademas de princesas. Algunas jóvenes las suplen con dos ó tres cadenas de oro. Esto es sencillo y al par distinguido.

El prendido nevado de Mme. Millery ha obtenido un éxito inmenso en el último baile de las Tullerías. El efecto de esta novedad es indescriptible: es un efecto de nieve y de hielo cubriendo flores de agua, azaléas blancas, varas de Jesé y rosas de Gueldres. El follage que acompaña á este prendido nevado es de un verde que parece alumbrado por la luna. Los musgos y las yerbas se ven cubiertos de escarcha. Hasta hay pequeños témpanos supendidos en ellos, y que centellean como diamantes. Este adorno está adorable colocado sobre un fondo de tul blanco ó de tul verde-luz.

Los nuevos prendidos de Mme. Millery están formados de hojas de terciopelo, con collares y bellotas de perlas. Hojas de terciopelo púrpura, azul, blanco, malva; nada mas que hojas; pero están agrupadas como si fuesen ramos de flores. Réstame aun advertir que coloca largas presillas de yerbas flotantes ó de azafran para sugetar las bandas, paños ó buches de tul de color de junquillo.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Explicacion de la hoja de bordados y labores que acompaña al presente número.

N.^{os} 1 y 2 Cuello y mangas con volantes, al pasado. Se corta toda la parte blanca de modo que no se deje mas que lo necesario para co-

ser la parte inferior que forma el volante fruncido sobre la parte superior.

3 Faralá para guarnicion de enaguas: al pasado.

4 Pañuelo rico: al pasado.

5 y 6 Banda para guarnicion de enaguas: al pasado, punto de armas y punto de pluma.

7 Leonor: al pasado.

8 á 10 Iniciales: al pasado.

11 Pantalla de felpilla. Se forma un armazon de alambre amarillo, segun el modelo número 12, el cual se cubre con felpilla verde oscura, colocándole rosetas de cuentas blancas de cristal cuajado. Sobre los alambres del lado, las rosetas se reemplazan por florecillas de felpilla lila, cereza y blanca: en la parte baja de cada uno de estos alambres perpendiculares en donde se encuentran las flores, se unen unos colgantes de 20 á 22 centímetros de las mismas flores. Las aberturas de la parte alta y baja deben estar cubiertas de felpilla cereza y negra, colocando en la abertura alta una guirnalda de hojitas compuestas de lana verde-oscuro, separadas por pequeñas flores de felpilla cereza y blanca. Estas flores son muy fáciles de hacer: se toma una semilla, se rodea con felpilla y se le hacen cinco pequeñas hojas. La pantalla así concluida, se forra de seda clara, ó lo que es mejor por ser mas barato y causar el mismo efecto, de gasa.

13 Pantalla de chimenea. Se compone de argollas de metal forradas de torzal al crochet, en medio de las cuales se pone una cuenta blanca. Sea cual fuere el color que se quiera elejir, es preciso tomar siete matices; los diferentes que existen entre cereza y rosa pueden producir el efecto que se apetece. Adoptado esto, se debe proceder del modo siguiente para la colocacion de las argollitas una vez forradas: la primera vuelta (la de en medio) empieza por una sola argolla que deberá ser rosa de China; segunda vuelta de rosa mas subida, seis argollas colocadas al rededor de la primera; tercera vuelta rosa punzó, doce argollas; cuarta vuelta carmesí, diez y ocho argollas; quinta vuelta carmesí oscuro, veinte y cuatro argollas; sexta vuelta carmesí mas oscuro, treinta argollas; sétima vuelta granate, treinta y seis argollas: para concluir se coloca una cuenta blanca cuajada en medio de cada argolla; el vacío quedará así lleno, y el hilo que pasa de una cuenta á otra sin cortarse, desaparece fácilmente debajo de estas y de las argollas.

14 Guarnicion: al pasado, ojete sombreados y punto de ojal.

EL AMOR EN EL SIGLO XIX.

CUADRO DE COSTUMBRES

POR LA SEÑORA

D.^a María del Pilar Sinués de Marco.

A MIS LECTORAS.

(Conclusion.)

V.

EL MENDIGO.

¿Ves ese pobre, hijo mío,
Que apenas tenerse puede,
Y á su intenso dolor cede
Aterido por el frío?

Pues es como tú, un mortal
Que sintió un día el placer,
Y tierna madre al nacer,
Le envolvió en rico cendal.

Después gimíó el infeliz
Al horror de la indigencia,
Y acabó su existencia,
Tal vez ageno deslíz.

Hoy lleva cual marca infame
Su nombre en la frente escrito,
Y sin que el mundo maldito
Mas que el mendigo le llame!

.

Tenorio.

—«Señora, una limosna
por el amor de Dios,
y ojalá os mande el cielo
hijos de bendición.
Doleos de mi suerte,
oidme por favor....
Escuchad de un anciano
la temblorosa voz:
¡Señora, una limosna
por el amor de Dios!

Estoy ciego y enfermo....
de mi cuerpo el vigor
el pesar mas profundo
por siempre aniquiló,
y la luz de mis ojos
robóme mi dolor...!
Piedad á las mujeres
pido, á los hombres, no...!
Los hombres dan tan solo
amarga asolación.
¡Señora, una limosna
por el amor de Dios!

En un mar de tristura
perdióse mi razón,
y odié la luz del día,
que una impostura atroz,

MARZO.

abrió la heladada tumba
á la hija de mi amor....
¡A la hija idolatrada
que amaba con pasión!
¡Señora, una limosna
por el amor de Dios!

¡Piedad, piedad, señora!
Y cuando se huya el sol,
de hinojos en su tumba
yo rogaré por vos!
Mas si teneis una hija,
¡romped su corazón,
primero que ame á un hombre
con ciega adoración...!
¡Señora, una limosna
por el amor de Dios!—»

Así un ciego decía
con plañidera voz,
una noche de invierno
en la Puerta del Sol,
al mes, aun no cumplido,
que su hija falleció.
¡Pobre, inocente niña!
su joven corazón,
no pudo de un engaño
soportar el dolor.
¡Pobre anciano! sin ella,
sin la hija de su amor,
sin sustento, ni amparo
infelice quedó!
¡Ay! en vano imploraba
la agena compasión,
pues solo en torno oía,
un «Perdonad por Dios.»
Hasta que una mañana
al despuntar el sol,
en la tumba de su hija
cadáver se le halló!

De María era el padre....
¡Dios le tenga en su amor,
siquier por el martirio
que el infeliz sufrió!
¿Fué el marqués su verdugo?
Júzgalo tú; ¡oh lector!

VI.

UN MATRIMONIO FELIZ.

¡Gloria! cantan los ángeles en coro.
¡Oro! gritan los hombres: ¡oro! ¡oro!

Carolina Coronado. El Mundo co-
dicioso. A Emilio.

—¿Vais, señora, á salir?—así decía
A su esposa con tono indiferente
El gallardo marqués: y ella entretanto
Las teclas recorría
Del piano, distraída é indolente.

16



Aun no hace un año que el eterno lazo
Los ha unido á los piés de los altares,
Y ella muestra la faz llena de hastío,
Y él, desdenoso y frío,
Vende en la frente altiva hondos pesares.

¿Preguntas lo que tienen, lector mio?
¡Pues en verdad, tu candidez me admira,
Y ella me hace creer que eres un niño!
¿No te hice conocer antes á Adela?
Casó, porque delira,
Por lujo y por placer, no por cariño.
¿No le oíste decir una mañana
Cuando hablaba con Luisa
Que la palabra *amor*, la daba risa?
¿No le oíste á esa boca tan lozana
«Ser marquesa tan solo, mi alma anhela.»
¿Pues qué es lo que admirarte así ha podido
¡Oh mi lector amable!
¿El esplín del marqués? pues es que el dote
De su linda primita, se ha gastado:
Hoy se encuentra con deudas, sin dinero,
Pobre, como cualquiera monigote
Y lo que es peor, *casado*!

Mas Adela, aun ignora su desgracia:
Ella elige á porfía á cada hora
Los trages mas suntuosos y elegantes....
Tan solo le hacen gracia
Para su cabellera los diamantes.
¿Qué sabe ella en materia de pesares?
Nació en dorada y opulenta cuna:
¿No hizo una gran merced á su marido
Con llevarle doblones á millares?
¿No le entregó su colosal fortuna?

Así reflexionaba,
Y por eso con faz indiferente
Casi siempre á su esposo se mostraba;
Y por eso tambien en este dia
Jugueteaba indolente en el teclado
Al preguntarle Carlos si saldria.
—«Tal vez.... creo que sí.... tras largo rato
De humillante y monótono silencio
La joven contestó: pienso á caballo
Dar con Luisa esta tarde un gran paseo:
Y si viene Florencio
El baron de la Acácia, en ganas me hallo
De ir al baile con él, si es su deseo.
¿Y vos, qué vais á hacer?—Salgo de caza,
La contestó el marqués, mientras seguia
Las azuladas espirales de humo
Del perfumado habano
Que entre sus labios de carmin tenia.
—Un mes ha de durar, á lo que creo,
(Siguió despues con sin igual cachaza.)
Mi ausencia de Madrid, y es mi deseo,
Dijo alargando su torneada mano
A la joven marquesa,
Hallaros á mi vuelta mas alegre,
Con mas salud, Adela, que hoy os veo.—»

Y esto al decir, rozó con su bigote
(Porque beso no fué) la linda diestra
Que le tendió su esposa sonriendo.
—(Y ahora busca el dote)
Dijo alegre al salir:—(Pues que marquesa

Querias solo ser, selo en buen hora,
Pero yo sin dinero, estoy muriendo.
Todos me dicen, que el baron te adora;
El te consolará, pues le interesa;
Con que así, cara prenda,
Cada uno vivirá desde este dia,
Del medio y modo que mejor entienda.

Y media hora despues de esta tan tierna
Escena conyugal, Carlos salia
En un coche elegante de camino:
Una dama á su frente se miraba,
Y en su rostro de horrendo pergamino,
Una centúria de años se leía,
Y con rapé su narigon tapiaba.
—¡Amor mio! exclamó el marqués besando
Su colosal peluca: ¡prenda amada!
¡Soy tuyo para siempre, ángel hermoso!
Y al mismo tiempo se lanzaba el coche
Camino de París: y ella cerrando
Sus ojos grises, de vejez hundidos,
Dejó oír un suspiro voluptuoso.

Pero llegó la noche,
Y el vegestorio hediondo y desdentado
Echó á roncar de un modo prodigioso
Apoyada en el hombro de su amado.
Y los ojos de Carlos seductores
Brillaron de alegría,
Que era el oro, el iman de sus amores,
Y oro sin cuento, el fantasmon tenia.

VII.

ADIOS AL LECTOR.

Ya mi cuento acabóse;
Ya nada resta
Para cerrar la historia
De mi leyenda.
Que en claras frases
Ya dije que se hicieron
Sus personajes.

Francisco Vila. El hombre
propone, y Dios dispone.

Lector, digo lo mismo,
finó mi historia:
si te ha gustado, rie,
y sinó.... llora.
Mas ¡por los cielos!
Lo mejor se me olvida
lector, del cuento....!

Aun me falta pedirte
un favor grande,
favor que voy al punto
á demandarte.

Es.... es.... en plata,
y á guisa de comedia,
una palmada.

M.^a DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Madrid: 1856.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Avaricia Largueza.

SEGUNDA PARTE.

Las megillas de Aurora iluminadas casi siempre por un ligero sonrosado, estaban cubiertas de una palidez mate que revelaba la vigilia, sus ojos azules, aparecían débiles y cansados, y sus manos naturalmente delgadas, parecían aun mas enflaquecidas. Carmen por el contrario, reanimada con las cartas de Vicente que le participaba tener ya la licencia para venir á Madrid en la vispera de S. Antonio, estaba risueña y alegre como una niña, amenizando su trabajo con salados refranes y atrevidas canciones populares.

¿Pero cuál podía ser la causa del abatimiento de Aurora? Su mismo amante que la visitaba con una precision infalible, la ignoraba completamente. En vano la hacia sin cesar minuciosas preguntas, por esta vez la pobre niña guardaba su secreto con una tenacidad invencible, porque no hay nada tan exigente como la vanidad.

Desde que Aurora creia con certeza en la berberna de S. Antonio, habia sentido un vehemente deseo de lucir aquella noche un trage nuevo que hiciese ver á su novio lo mucho que estimaba su inesperado convite. La cantidad que Aurora debia invertir en aquel trage nada tenia en verdad de extraordinaria, pero eran tan escasos los recursos, que solo echando mano de algun recurso desusado podia salir airosa con su empeño. A medida que se acercaba el dia deseado, sentia aumentar su pesadumbre que en vano procuraba ocultar, queria trabajar con ahinco y la aguja se le caia de las manos ante aquellos minuciosos bordados que absorbían el tiempo con una rapidéz pasmosa, porque aquel vestido era como suele decirse, una obra de romanos.

Al fin desesperanzada ya de conseguir su objeto, recibió el 1.º de Junio un recado de mistris Souphantom y voló desalada á casa del Nabad, esperando en que la providencia le abriera tal vez un camino, porque al fin «mas dá el duro que el desnudo».

La señorita Fanny que presumia de hablar ya correctamente el español, esplicó á Aurora aunque con bastante dificultad, que era preciso que el vestido se concluyese dos dias antes de S. Antonio.

—Dos dias antes de S. Antonio! exclamó Aurora temblando de pies á cabeza.

—Sí, sí, querida. Ostez hacer un imposible por mi, y papá dar á ostez algun gratifico.

—Para el dia once! repetia Aurora sudando de congoja.

—Sí, sí, querida.... Ostez tener entonces mucho dinero, y papá dar á ostez ahora el gratifico. No es verdad?

—Ahora? me dará V. ahora algun dinero, señorita? Oh! entonces yo le juro á V. que haré un milagro.

Fanny que comprendia mejor que hablaba, murmuró algunas palabras en inglés, y el Nabad arrojó tres guineas á los pies de Aurora, que las recojió con el afán del pobre que recibe la primera limosna.

Al verse en posesion de aquel dinero que podia satisfacer en el instante su mas ardiente deseo, creyó volverse loca y haciendo á Fanny ofertas casi imposibles de cumplir, salió á la calle sin saber con certeza lo que la pasaba.

Su primer pensamiento fué entrar en uno de los comercios mas elegantes de Madrid y comprar allí su deseado trage, pero Aurora conocia bien el carácter de Carmen y tembló á la idea de promover una tormenta. La misma Carmen le habia dado la noticia de que fuese á casa de la señorita Fanny sobre cuyo trage habian tomado ya prestadas algunas pesetas, ¿y cómo ocultar que aquel despilfarro provenia del pago del vestido? Y si Carmen, como era regular, adivinaba su procedencia, ¿quién seria capaz de calmar su cólera, al ver malgastado en un costoso trage el dinero que ella llamaba propiamente «del pan?»

Aquella idea bastó para dar al traste con todo el ardimiento de Aurora, que se resignó á ocultar parte de su dinero por algunos dias hasta que hubiesen desaparecido todas las sospechas.

Entonces se dijo á sí misma como para vencerse, diré que me ha tocado la lotería.... pero no.... los billetes tambien cuestan dinero.... diré que me lo ha regalado la señorita Fanny para el dia de S. Antonio.

La turbacion que Aurora experimentaba al ocultar su tesoro, la impedia conocer que lo mismo que pensaba decir despues, podia decirlo desde aquel dia: la pobre niña creia que sus ojos iban á revelar que mentia, porque mentia por la primera vez y queria retardar la prueba cuanto le fuese posible.

De vuelta á su casa Aurora refirió á Carmen toda su entrevista con el Nabad, y la palabra que habia empeñado de concluir el vestido.

—Para el doce de Junio! exclamó Carmen aterrada.

—Y qué quieres? el Sr. Nabad me ha dado una guinea.

—Una guinea! veamos, veamos. ¡Ay, Dios mio, y qué linda es!.... Pero, niña, tú has ofrecido un imposible.

—Y lo cumpliré, Carmen.

—¿Quíá!

—Sí, lo cumpliré, repitió Aurora con voz sorda, aunque hubiese de costarme la vida.

Desde aquel dia no hubo para Aurora tregua ni descanso, desvelada, infatigable, veia oscurecer y amanecer fijos los ojos en su vaporosa y pe-

regrina obra, recostándose tan solo en el respaldo de su silla de pino cuando el sueño plegaba sus cansados párpados en las altas horas de la noche. En vano Carmen la invitaba al descanso aconsejándola que pusiese una disculpa, en vano el joven estudiante la rogaba sin cesar para que abandonase aquel trabajo que la iba adelgazando como una sombra, María respondía siempre que su palabra era oro y que antes que faltar á ella se dejaría morir.

Al ver marchitarse de hora en hora aquella hermosa flor que hacia el encanto de su vida, César (porque ya habrán adivinado nuestros lectores el verdadero nombre del estudiante) sintió desfallecer su valor, y mas de una vez estuvo á punto de descubrir su incógnito; pero la idea de que su mayoridad estaba todavía distante, la idea sobre todo de causar á Matilde un pesar profundo le contuvo, y sin renunciar un segundo al pensamiento de unirse á María, dejó á la providencia el cuidado de preparar aquella union; y solo pensó en mejorar algun tanto la posicion de aquellas pobres jóvenes esclavas de un trabajo ingrato, que pasaban una vida llena de privaciones.

A los dos ó tres dias Aurora fué de nuevo á casa del Nabad y volvió á la suya llena de alegría, llamando á Carmen á grandes gritos desde la escalera.

Cármén acudió á la puerta medio asustada, y se encontró con Aurora que se arrojó á su cuello sin hablar y mostrándola un lio envuelto que traía en la mano izquierda.

—Pero qué es esto? qué sucede? habla.

—Ay, Cármén! qué alegría! exclamaba Aurora roja como una amapola.

—Pero por Dios, ¿qué sucede, que al fin veo tus mejillas sonrosadas?

—Un pañuelo de merino, Cármén, que te regala la señorita Fanny.

—A mí? vaya, ha perdido el juicio sin duda.

—Sí, á tí: y á mí un vestido de chiné de algodón, respondió Aurora desplegando á los ojos de Cármén su vestido color de rosa y el pañuelo que acababa de comprar por dos guineas.

—Santa María! exclamó Cármén palpitando de gozo y echándose el pañuelo sobre los hombros. Pero, Dios mío! este es un sueño sin duda.

—Este es un regalo para que concluya el vestido.... Si te decía yo que son espléndidos.

—Bendita seas, Mariquita, exclamó Cármén con efusion, mirándose como quien vé visiones.... Ay! Vicente se vuelve loco.... Y el señorito? Qué linda vas á estar con ese vestido! Y luego, aquellos lazos de terciopelo tan lindos.... eh! chica!

Aurora se sonrió; aquellos lazos eran los mismos que Cármén había tachado de lujosos.

—Eh! no te rías. Entonces como entonces, y ahora como ahora. Con vestido de chiné.... pues digo! pero.... pobre niña! añadió mirándola con ternura: esta labor va tal vez á destruir tu salud.

—No lo creas; este presente me dará valor para todo.... Cuando me sienta desfallecer pensaré en la gran recompensa que me ha ofrecido y

que nos asegurará el sustento para todo el año.

—Para todo el año?

—Sí; porque la señorita Fanny ha dicho: «Papá dará á V. mucho dinero»: y mucho dinero..., ¿qué sé yo cuanto querrá decir?... Acaso mil reales; porque ella es muy poderosa, y regala todo esto como quien dá una moneda á un niño.

—Mil reales! repetía Cármén corriendo de un lado para otro; mil reales!

Y abrazaba á Aurora y la besaba y se miraba al espejo con la mayor locura.

Aurora se acercó entonces á la ventana y vió el rosál que desfalleciendo como su ama estaba casi marchito.

—Pobre rosa! exclamó acariciándola con su aliento: ciegos mis ojos con el trabajo casi me había olvidado de tí; vuelve, vuelve conmigo á la vida.

Y como si desde entonces se abriese á sus ojos el risueño porvenir con que soñaba, regó el rosál, y se puso á trabajar de nuevo cerca de la ventana, amenizando su trabajo con la dulce y melancólica cancion de *Galanteos en Venecia*.

Canta, canta, gondolero,
A la hermosa que yo quiero,
A la estrella de mi amor.

Canta pues á la que adoro,
Que en Venecia no hay tesoro
Mas hermoso ni mejor.

Un colorin, que vino á posarse sobre el rosál, respondió al canto de Aurora con sus alegres y variados trinos.

—Oh! la naturaleza toma tambien parte en mi alegría! exclamó la bordadora con esa esperanza ciega que nos acompaña siempre en la juventud.

Pobre Aurora! pobre corazón enamorado que no vé nada mas allá de su amor! ¿Qué podía temer ella cuya conciencia era un lago tranquilo surcado solo por el cisne de la pureza? Ay! tan sencilla como creyente, se olvidaba de que solo á los justos está reservada la palma del martirio.

V.

LA BERBENA DE S. ANTONIO.

«Venez, venez, suivez moi,
Le ver luisant nous eclaire,
Venez dans le cimetierre,
Venez-y-voir sans effroie,
Les morts dans leur blanc suaire.
Les vents soufflent avec bruit,
L'astre pâle de la nuit
Brille à travers le nuage,
Il faut avoir du courage:
Venez, venez, suivez moi.»

W. S.

Los inauditos esfuerzos de Aurora habian conseguido al fin triunfar del tiempo, y el once de Junio la joven bordadora se encaminó á la casa del Nabad llevando en un lindo canastillo de mimbres aquel rico trage, digno en verdad de una reina.

A medida que se acercaba al parador, el corazón de Aurora latía con una violencia como si quisiera salirse del pecho. La incertidumbre, el temor y la esperanza reflejaban en sus mejillas un color subido que la haría parecer mas hermosa; sus ojos azules habian vuelto á recobrar la vida, y con ella el esplendor del zafiro, y sus copiosos cabellos de un rubio pálido graciosamente ensortijados, prestaban á su rostro una espresion angélica que no carecia de energía.

Apenas se halló en presencia del Nabad, Aurora perdió completamente el uso de la palabra, y no sabiendo que decir presentó el canastillo á la señorita Fanny que levantó el traje entre sus manos y le dejó caer en seguida sobre el sofá exhalando un grito agudo imposible de definir.

—Papá! exclamó con voz alterada por la sorpresa.... papá! y le mostraba el vestido con una espresion tal de admiracion, que el Nabad le tomó en sus manos examinándole con la prolijidad de un juez competente en la materia.

Aurora temblaba como una caña, sabia que el Nabad tenia grandes conocimientos en aquel ramo de comercio tan extendido hoy en el mundo y como un reo, palpitaba aguardando su sentencia.

El Nabad enmudeció: jamás habian visto sus ojos una obra tan magnífica. Por toda respuesta entregó á Fanny una llavecita dorada murmurando en inglés:

—Do in all your will [it is prodigious! (1)]

Y tomando de nuevo su larga pipa oriental, exhaló de ella dos ó tres bocanadas de humo que esparcieron por el gabinete los vaporosos perfumes de la Arabia.

Fanny volvió al instante y entregó á María Aurora un lujoso bolsillo de seda carmesí lleno de oro, añadiendo con una profunda espresion de gratitud:

—María, osten encontrar siempre aquí todo el necesario.... osten hacer un prodigio que mí no olvidar jamás.

Aurora estuvo á punto de perder la razón; todas las monedas que contenia el bolsillo eran guineas segun se dejaba ver por los calados.

Incapaz de espresarles su reconocimiento con palabras que aunque brotaban en su imaginacion se ahogaban en su garganta, besó con ardor la mano de la señorita Fanny, derramando sobre ella algunas lágrimas que decian lo que su lengua no era capaz en aquel momento de explicar.

Al subir los numerosos escalones de su pobre bohordilla, hubiera querido tener alas en los pies para llegar antes á los brazos de Carmen que la aguardaba con la mayor ansiedad.

La alegría de aquellas dos jóvenes al verse dueñas de una cantidad tan extraordinaria á sus ojos, era indecible. Contaban una y otra vez el dinero, lo miraban, se abrazaban y volvian á contarle de nuevo.

—¡Dos mil reales! repetian á cada minuto repasando con la vista las monedas.

—Ahora, Carmen, compraremos un colchon, para tener cama noble, ¿no es verdad?

—Mucho que sí, y dos almohadas y una sillera....

—Y una virgen de madera y dos jarrones para las flores....

—Sí, sí, repetia maquinalmente Carmen á la que la abundancia habia hecho muy condescendiente.

Además, ¿cómo negar á María Aurora las flores y los lazos, si la pobre niña era la que habia conquistado aquella posicion á costa de un trabajo impropio? Léjos de contrariarla en lo mas mínimo, aumentó el presupuesto de los gastos con todos aquellos caprichos que tanto habia deseado siempre sin obtenerlos.

Aurora por una parte parecia haberse olvidado de su anterior melancolía y sin perder nada de su dulce espiritualismo, veía, lloraba y cantaba con una voz encantadora

«¿Quién me verá á mí

Tan compuesta y emperregilada

Salir por Madrid?»

El oro que Carmen contaba y recontaba con frenesi, casi se le habia olvidado, pero la idea de que por fin iba á salir con su amante por las calles de la corte, y de lo hermosa que iba á parecerle con su nuevo traje, la distraía de tal modo, que hubiera perdido sin pesadumbre todo su capital, antes que perder la berbena de S. Antonio.

Cuando César entró aquella noche no pudo menos de sorprenderse al ver la alegría que resplandecía en el rostro de las dos jóvenes. Aurora, la solitaria y melancólica Aurora, habia sacudido para siempre su habitual tristeza, sus cabellos dispuestos por mano de Carmen en provocativas sortijillas, fascinaban los ojos y encadenaban la voluntad, y en lugar del trabajoso bordado que destrozaba la vista, estendianse sobre el regazo de las dos muchachas, la pomposa y alegre falda de chiné rosa que tenia para Aurora todo el valor que tiene para una doncella su traje de boda.

—Al fin te veo ya libre de aquella odiosa esclavitud, María! exclamó César contemplándola con entusiasmo.

Aurora le refirió en dos palabras su entrevista con el Nabad, y la generosa recompensa que habia obtenido su trabajo.

—Es decir que tú te contemplas muy dichosa con esa recompensa.

—Ya ves.... dos mil reales....

César la miró fijamente y suspiró con amargura aquella felicidad de contentarse con tan poco, le parecia mas envidiable que los tesoros que se acumulaban para él en las arcas del marqués de Bengala.

—¿Se llama el Nabad acaso D. Antonio? preguntó despues de algunos instantes de silencio.

—¡Quí! si se llama un nombre así.... Jameo Souphantom.

(1) Haz cuanto quieras.... esto es un prodigio.

—Entonces ¿cómo es precisamente el vestido para el día de S. Antonio?

—Eso ya es otra cosa.... La señorita Fanny debe asistir á un baile pasado mañana, y como es natural quiere llevar un traje nuevo.... todas las jóvenes hacemos lo mismo.

—Y dónde es ese baile?

—Angel, respondió Aurora con inquietud; yo no sé por qué te interesas tanto por esa señorita.... no sé adonde va, porque hace muchos días que no pienso en nada mas que en la verbena de S. Antonio.

César tomó una de las manos de Aurora entre las suyas y la estrechó tiernamente contra su corazón.

—Perdona, hermosa mía, la dijo, era una vaga curiosidad, que ningún interés tiene para mí.... Si.... si.... hablemos de nuestro amor.... de la verbena.... de todo lo que tú quieras.

Un golpe fuerte y cinco mas suaves que resonaron en la puerta de la calle, hicieron volar á Carmen, la que exhaló un grito de alegría al ver presentarse á Vicente vestido de toda gala.

—Ea, señorito, ya vé V. como yo no falto á mi consigna.... vengan esos cinco.

César alargó la mano al soldado que la estrechó entre las suyas con efusion, y la conversacion se hizo general.

Cuando César volvió á su casa aquella noche, se cerró en su habitacion y seguro de que Matilde se retiraría muy tarde de casa de la condesa de Sancti-Spiritus, se recostó en un sillón de brazos y se entregó de lleno á sus meditaciones.

La hora, la situación de su ánimo y su amor que crecía como un volcan que se inflama, trageron naturalmente á su imaginacion la entrevista que habia tenido la noche de S. Isidro.

—Oh! yo soy un perjuro: murmuró recordando el juramento que habia hecho á su madre. Yo he jurado no ocultarle uno solo de mis pensamientos mas secretos.... yo he mentido, miserable de mí!

Y se pasó la mano por la frente cubierta de sudor.

—Qué hacer, Dios mío? exclamó de nuevo mirando á todas partes como quien teme ser oído. Sí, sí, es preciso mentir.... es preciso.... Me ama tanto mi madre.... que seria un bárbaro si....

El ruido del coche que entraba en los patios del palacio le hizo levantarse y salir al encuentro de Matilde recibiendo con los brazos abiertos.

—Falso! exclamó la madre acariciándole con ternura: hacerme creer que dormías....

—Sí, sí, es verdad.... he dormido, murmuró César recordando la disculpa que habia dado para excusarse de ir al palacio de Sancti-Spiritus; era una jaqueca que ha pasado ya.

Poco despues Matilde se retiró á su cuarto soñando con los triunfos que iba á obtener su voz, y César vió lucir la aurora recostado en un sillón de brazos, en un estado de insomnio muy parecido á la calentura.

Aquella posicion embarazosa, aquel secreto que

pesaba sobre su corazón como un crimen, la idea de la hermosa Julia de Sancti-Spiritus, tan rica en belleza como en blasones, la riqueza deslumbrante de la hija del Nabad, todo se mezclaba y confundia en su imaginacion exaltando su delicada sensibilidad y causándole un mal estar semejante á la fiebre.

Sobre todas aquellas ideas levantábase la imagen de la joven bordadora, pura y risueña como su nombre.

Al fin amaneció: la luz es siempre un bálsamo para los corazones afligidos, y César se sintió aliviado al ver salir el sol entre celajes de oro.

El doce de Junio amaneció claro y sereno como uno de los mas hermosos días de primavera, el cielo azul se extendia como un pabellón inmenso sobre las mil torres y palacios de la corte de las Españas.

Aunque sereno en apariencia, César sentia una inquietud para él desconocida; en aquel día iba á encontrarse de frente con aquel prodigio de riqueza, que segun los cálculos de su padre y de Santa Marta, debia dejarle deslumbrado.

—¿Y quién sabe, se decia á sí mismo, si seré yo bastante fuerte para dominar mi voluntad? ¿Quién sabe si esa mujer joven, bella tal vez, adornada con todos los atractivos de una educacion brillante, despertará en mi alma algun sentimiento que empiece por la admiracion y acabe tal vez por el amor?.... Oh, María! añadió cubriéndose el rostro con las manos: ¿qué seria entonces de tí?

Las dos jóvenes costureras pasaban en tanto las horas embebidas en sus preparativos de verbena sin que una sola nube viniese á turbar su alegría. Vicente que no tenia por qué ocultar sus visitas se habia establecido en la casa desde muy temprano, mirando una y mil veces el pañuelo de Carmen, que le parecia cada vez mas hermoso sobre los hombros de la bella andaluza. Mariquita que era la reina del torneo, sencilla y hermosa con su lindo traje de chiné rosa, cubierto su modesto seno con el camisolín bordado del día de S. Isidro y salpicados los cabellos de mariposas de terciopelo carmesí, aguardaba con impaciencia la hora de la verbena, porque contemplar á su amante á la luz del día era un placer vedado para ella, en tanto que existiese en Madrid aquel severo tío contra quien no podia por menos de guardar un pequeño resentimiento.

Las horas pasaban aquel día lentas y perezosas para los que aguardaban con impaciencia; al fin se ocultó el sol, y Aurora empezó á respirar asomándose sin cesar á la ventanilla, por la que como hemos dicho no se veian mas que los tejados vecinos.

La noche prometia ser magnífica, y sin embargo en los primeros momentos del crepúsculo empezó á sentirse un calor sofocante, y allá á lo lejos brillantes y fútiles relámpagos rasgaban de cuando en cuando el horizonte.

Apenas cerró la noche, César entró en la boharedilla vestido de cazador, como el día de S. Isidro.

—Ay! otra vez el traje del marqués de Legarda! exclamó Aurora con cierta espresion de disgusto.

—Caramba! tienes una memoria.... ¿Y qué tiene eso de extraño?

—Nada, sino que hubiera querido mejor verte con traje propio.

—Pues precisamente te preparaba una sorpresa.... este traje es mio.

—Tuyo? tuyo y tan rico?

—Sí, mio: vi que te agradaba y quise complacerte trayéndole á la verbena.

Aurora se sonrió.

—Vamos, dijo Carmen, tomando el brazo de Vicente.

—Vamos, repitió Angel ofreciéndole el suyo á Aurora que se habia echado un pañuelo sobre los hombros.

En el momento en que bajaban la escalera, se oyó resonar á lo lejos el zumbido de un trueno que anunciaba la tempestad.

—Dios mio! exclamó Aurora deteniéndose.... una tempestad en un dia tan hermoso!

—Vamos, niña, no es nada, respondió Carmen bajando la primera, hace ya un rato que he visto yo brillar relámpagos.... calor y nada mas.

Al salir por la puerta el trueno retumbó ya mas cercano.

—No, no salgamos, Angel, murmuró Aurora toda temblando.... la tormenta nos amenaza.... ¡y este era el dia tan deseado! ¡siento frio en el corazon!

Angel por toda respuesta empezaba á andar muy de prisa, pero su corazon se oprimia tambien con un negro presentimiento.

En efecto, antes que hubiesen podido llegar á los puestos de flores, descargó súbitamente sobre Madrid una espantosa nube de verano, que puso en consternacion á nuestros pobres amantes. Bastante lejos ya de su casa, desprovistas de todo abrigo Carmen y Aurora, trataban en vano de defenderse contra el viento y el agua que las acosaba, y cuando llegaron á su bohardilla iban caladas y transidas de frio.

Carmen y Vicente mas animosos, no vieron en aquella nube mas que un placer perdido; Aurora que daba fé á los pronósticos mas absurdos, no podia ocultar sus temores y echó á llorar amargamente.

Carmen y Vicente embebidos en plática sabrosa y colocados lejos de sus compañeros ni siquiera se apercibieron de aquel silencioso llanto que caia gota á gota sobre el corazon.

—Aurora, murmuró César en voz baja, no llores, no; tus lágrimas harán á mi pesar brotar las mias.

—Ay! Angel! respondió Aurora mostrándole con amargura su deslucido traje.... así se destrozará mi túnica nupcial.... era la primera vez que la esperanza habia brotado en mi corazon, y no sé por qué Dios ha querido cortarla en flor.

—Qué locura! dar á una tempestad el valor de un pronóstico! Aurora, vuelve á recobrar la

esperanza y con ella el bienestar y la alegría.... El dia de S. Juan.... no.... no.... el dia de S. Pedro.... tampoco.... el dia de tu santo cenaré contigo.

—¿Y por qué no en el dia de S. Juan? preguntó la jóven enjugando sus lágrimas.

—Porque es cumpleaños del gefe de Artilleria.... y.

—¿Y qué tienes tú que ver con el ejército? ¡si fuera Vicente!...

—Una gran amistad, y la amistad verdadera es exigente ¿no es verdad?

—Ay! el dia de mi santo estallará otra tormenta quizá mas terrible.

Despues de haber empleado todos sus esfuerzos por tranquilizar á Aurora, César volvió á su casa no menos afectado que su amada.

Aquellas dulces galas destrozadas, aquellas mariposas de terciopelo arrancadas por el viento y perdidas en la oscuridad de la noche, habian despertado en su alma ideas dolorosas que en vano procuraba desechar. Supersticioso tambien como Aurora, creia ver en aquella tormenta la mano del destino que cubria con un velo tenebroso su dorado porvenir.

El viento habia cesado completamente y la luna, apareciendo entre nubes cenicientas, bañaba la tierra húmeda con su luz misteriosa. Aquella luz triste y serena inspiraba á César mil ideas horribles. Ora una hermosa virgen que se deslizaba entre el pálido rayo como una sombra, ora millones de fantasmas que caminaban envueltos en su blanco sudario, arrastrándole entre sus luminosos pliegues.

—Dios mio! murmuró, como en la noche de S. Isidro.... mi camino se tuerce, mi sendero se borra.... tened piedad de mí!

Al revolver la esquina que daba vuelta á su palacio, vió una larga hilera de coches colocados á lo largo de la fachada principal, cuya puerta abierta de par en par dejaba ver el grandioso patio profusamente iluminado.

—Jesucristo! exclamó dándose una palmada en la frente, ¡el baile de S. Antonio! y atravesando con la rapidez de un ave las galerías, se encerró sin ser visto en sus habitaciones cerrando las puertas por dentro.

VI.

LA OCTAVA MARAVILLA.

«E tenia la cejita
Delgadita, delgadita
Como luna muy chiquita
Cuando mal se deja ver.
Traia unos rosetones
Hechos de unos guedejones
Y encima unos redejones
Con que me pensó prender.»

Romancero.

El palacio del marqués de Bengala notable hasta entonces por su severidad aristocrática, se habia convertido en una mansion encantada. Po-

cos días habían bastado al vizconde de Sta. Marta para tamaña transformación, pues autorizado por el marqués, instigado por Matilde, y sobre todo por el deseo de hacer ver que sabía llenar cumplidamente su misión, no había escaseado medio alguno para que la fiesta estuviese á la altura del poderoso Nabad á quien se dedicaba.

Alfombras de alta lana de Persia, magníficas flores en porcelana del Japon y de Sevres, grandes lámparas de caprichosas formas que iluminaban los salones con una claridad como la del día; sillones de palo de rosa embutidos de terciopelo y de damasco y toda esta magnificencia multiplicada al infinito en soberbias lunas de Venecia que semejaban otros tantos lagos entre el gran friso de follage que cubría las paredes hasta una gran altura.

César se despojó rápidamente de su traje de cazador, y vistiéndose el brillante uniforme de artillería, se encaminó al salón, cuyas puertas estaban abiertas de par en par.

La brillante concurrencia que allí se encontraba era toda perteneciente á la aristocracia de sangre, que persuadida de que en los tiempos que corren «oros son triunfos» no había tenido inconveniente en venir á admirar de cerca la prodigiosa cuanto ponderada esplendidez del poderoso Nabad, objeto de las hablillas en los altos círculos de la corte.

A la cabeza del salón, en un magnífico sofá tendido de damasco celeste, hacia los honores la marquesa, cuyos bucles antiguos y empolvados, formaban un gracioso contraste con su encantadora y juvenil sonrisa. El traje de Matilde de la época de Luis XV, y de magnífico brocado verde bordado de blanco y plata, la convertía en una linda marquesa de aquella corte, cubierta de lazos y lunares como la mismísima madama de Pompadour. La marquesa de Sancti-Spiritus sentada á su derecha ostentaba de propósito un severo traje negro, para hacer resaltar mejor la figura de su hija Julia, rubia gentil, medio escondida entre una nube de gasa blanca y celeste. En el tocado de esta linda joven lucían graciosas mariposillas de terciopelo carmesí en cuyo centro brillaba un diamante.

Después de inclinarse graciosamente hacia todos lados, César pasó á saludar á la condesa de Sancti-Spiritus que hacia los honores con Matilde, y no pudo menos de sorprenderse al ver la elegancia y naturalidad de Julia, á la que había tratado hasta entonces con tanta indiferencia.

Queriendo reparar en parte su injusto desvío, y sin que su corazón tomase una parte activa en aquel desagravio, se sentó al lado de Julia y entabló con ella una de esas conversaciones de sociedad que nada significan, y que sin embargo pueden llegar á significarlo todo.

Pintar el gozo que aquel movimiento produjo en las dos marquesas, sería cosa imposible.

Principiaron por sonreírse y hacerse guiños y concluyeron por hablar en voz baja fijando á cada palabra su mirada sobre los dos jóvenes y

agitando sin cesar sus magníficos abanicos de la India.

La orquesta tocó el primer rigodon, y César rompió el baile con Julia de Sancti-Spiritus.

Apenas se habían tocado los primeros compases, resonó en el salón un murmullo sordo, y las palabras: «El Nabad, el Nabad» volaron de boca en boca con la velocidad del relámpago.

La orquesta cesó, las jóvenes volvieron á ocupar sus asientos y todos los ojos se tornaron hacia la puerta principal, á la que salieron Santa Marta y el marqués á recibir á los extranjeros.

A los pocos minutos entró en el salón la señorita Fanny del brazo del vizconde, detrás seguía el Nabad dando el brazo á mistress Souphantom sin dejar de ostentar en la mano su larga pipa; á su derecha gesticulaba el marqués de Bengala.

A la vista de Fanny Souphantom todas las bocas enmudecieron, todos los ojos se fijaron con asombro en aquella maravilla.

Aquella joven-prodigio, blanca, y con largos cabellos de color de lino, era materialmente un tesoro. Su rico traje blanco bordado estaba sembrado de estrellas de diamantes que la convertían en una hada y sobre sus rubios cabellos brillaban mariposas orientales de extrañas formas, en cuyas alas de vistosa pedrería se reflejaban todos los colores del iris. El Nabad y su esposa vestían trajes del año de ocho, con todo el mal gusto de las personas ricas é ignorantes, pero al marqués de Bengala le parecían los últimos figurines del «Monitor de la moda.»

Al distinguir á sus convidados, adelantóse Matilde acompañada de César á recibirlos con todas las reglas de la etiqueta, obligando á las dos señoras á que tomasen asiento á su lado, mezcladas con las de Sancti-Spiritus.

Era César Mendoza de buena talla, esbelto y flexible como un junco; en su rostro moreno y apasionado brillaban dos ojos negros y ligeramente hundidos; pero llenos de fuego. Su nariz de águila y su boca pequeña y sonrosada como la de una hermosura de la corte de Luis XIV, le daban sin embargo una expresión de timidez que contrastaba singularmente con el valeroso uniforme que vestía. En una palabra, el joven marqués de Bengala inspiraba á primera vista como un niño enfermizo, amor y compasión.

La señorita Fanny halló á César muy hermoso; pero la octava maravilla no produjo en el marqués el mismo efecto. Encontró á la joven inglesa muy fría y poco elegante, y olvidándose por completo de la riqueza que aquella hada sostenía en sus alas, solo pensó en el placer de acercarse á ella para contemplar á su sabor la prodigiosa obra que había salido de manos de su graciosa y espiritual Aurora. Desde aquel momento no se separó ya un punto de la señorita Fanny, contemplándola con una tenacidad, que no pudo menos de llamar la atención de aquel gran círculo aristocrático.

En vano Matilde asustada de aquel extraño gi-

ro le interrogaba con sus miradas, la pupila de César serena como la del que nada teme, la tranquilizaba, y sin embargo la inquietud y el temor renacían sin cesar en su agitado corazón.

Colocada al piano para cantar el duo con el vizconde, se equivocó dos ó tres veces, lo que no impidió que el auditorio aplaudiese ruidosamente y que el Nabad inundando de humo á cuantos le rodeaban esclamase con voz de trueno:

—Bueno, bueno! ver y well! yes!

Fanny se sentó al piano despues de la marquesa, y sus delgados dedos recorrieron el teclado con una rapidez admirable, haciendo brotar melancólicas armonías, que arrancaron entusiastas aplausos nacidos del corazón.

Matilde se mordió ligeramente los labios, pero aplaudió también arrastrada por el entusiasmo.

Fanny Souphantom era verdaderamente un prodigio, y la marquesa de Bengala, simpática por excelencia, no podía negarle su admiración.

El baile se prolongó hasta el amanecer, y César bailó la última galop con Fanny solo por no separarse de su traje.

—Dios mío! esclamaba Matilde esquivando las miradas de la Sancti-Spiritus: qué jaqueca!.... Pero mi hijo, ya se vé.... es preciso hacer los honores á esa señorita que no conoce aquí á nadie.... eso bien mirado no tiene nada de extraño. Y Julia? qué linda estaba al lado de César!

La Sancti-Spiritus, reventando de ira, apenas podía responder con monosílabos á las palabras de la marquesa, quejándose también de un terrible dolor de cabeza.

—Bravo, bravo! esclamaba el marqués bajando á despedir al vizconde hasta la puerta principal. Hemos vencido. Pobre marquesa! pero cuando se convenza de que el oro....

—Decid mejor, respondió el vizconde moviendo la cabeza con arrogancia: pobre Julia! Oh! la condesa de Sancti-Spiritus está espuesta mañana á una apoplejía.

—Y todo os lo debo á vos, todo: añadió el marqués abrazándole.

El vizconde afectando modestia subió en el coche de gala del marqués, que partió al galope.

—Aurora, Aurora! dijo César al encontrarse solo en su gabinete: bendita seas! bendito sea tu amor! Luego recordando la tormenta y los sucesos de aquella noche se estremeció.... Las lágrimas de Aurora caían gota á gota sobre su corazón y le inundaban.

Un temor supersticioso se apoderó de su espíritu, y se durmió repitiendo las terribles palabras de la bordadora:

«Así se destrozará mi túnica nupcial».

Al día siguiente un paje con librea dejaba en el palacio del marqués de Bengala una targeta, que D. Antonio de Mendoza entregó á su esposa con alegría.

Matilde hizo un movimiento de sorpresa y leyó en alta voz:

MARZO.

«La condesa de Sancti-Spiritus se despide para Biarritz.»

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

(Se continuará.)

LA HIPOCRESIA DEL VICIO.

COMEDIA INEDITA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

DE

D. Manuel Breton de los Herreros.

(CONTINUACION.)

Escena XII.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES. *Jugadores. Máscaras.*

D. MAU. (*Aparte con D. Miguel y D. Gines.*)
Qué es eso, Miguel?

D. MIG. Mauricio!...

D. MAU. Así tu ánimo se postra?
Qué diablo!... Si pierdes hoy,
mañana será otra cosa.

D. GIN. En efecto; y tres mil duros
son para ti una bicoca.

D. MIG. Pues ya!... (Otro golpe como este,
y tendré que ir á la sopa.)

D. MAU. A todo turbio correr,
apelemos á la boda...

D. MIG. (La boda!...)

D. MAU. Y sales de apuros
con el dote de la novia.

D. MIG. Veremos...

D. MAU. Hoy te has portado.

D. MIG. Si?

D. GIN. Te has colmado de gloria.

D. MAU. Impertérrito en el juego,
emprendedor con las mozas,
duelista... Dame esos cinco.
(*Le aprieta la mano.*)

D. MIG. Yo celebro....

D. MAU. (Ni el de Coria!)

D. GIN. (*Apretándole la otra mano.*)
Ya eres del gremio.

D. MIG. (*Con fatuidad.*) De verás!



(Caro me cuesta el diploma!)

D. MAU. Yo te rindo el pabellon.

D. GIN. Contigo soy yo una monja.

D. MIG. No sonrojeis á un recluta
que hasta el dia no blasona
sino de hazañas vulgares.
Pero, si el númen me sopla,
quizá....

D. MAU. Sepamos tu plan
para mañana.
(*Siguen hablando entre si, y lo mismo
los otros dos grupos.*)

Escena XIII.

DICHOS. D. TORCUATO. FELISA.

FEL. (*Aparte con D. Torcuato.*)
Una broma
ligera. Yo no he tomado
parte activa en esta historia
todavía.
(*Mirando á la mesa.*)
Cómo! ¡aun juegan!

D. TOR. No es para esponerse á otra
la leccion que ha recibido.
(*Siguen hablando aparte.*)

D. MIG. (Qué idea tan luminosa!)
(*En alta voz. Todos prestan atencion.*)
Señores!

FEL. El habla. Oigamos.

D. MIG. (*A D. Mauricio y D. Ginés.*)
Me vais á tejer coronas
de laurel. De hoy mas, mi nombre
será famoso en Europa.
(*Levantándose. Los que están sentados hacen
lo mismo, y se acercan á la mesa los que
se habían apartado de ella.*)
Dos palabras, caballeros.
Mi señora Doña Aldonza
da á palo seco sus bailes,
y esperar aquí la aurora
sin cenar, es bobería.
Ahora bien, si ustedes me honran,
para probar que la pérdida
de esta noche no me agobia,
yo hago el gasto para todos.

D. MAU. Viva esa firmeza estoica!

D. MIG. Mas primero necesito
realizar á toda costa
algunos fondos.
(*Sacando el retrato de Felisa.*)
Señores!...

Rifo esta alhaja.

JUG. 4.º A ver?... Oiga!

JUG. 2.º Un retrato?

FEL. (*Acercándose de puntillas.*)
Ay Dios, el mio!

D. MAU. ¿El de la dama infanzona
que aspira á tu blanca mano!

FEL. Oh accion indigna, alevosa!...

D. TOR. Calla.

D. GIN. ¿Qué haces, temerario!

JUG. 4.º Qué linda!

D. MAU. Así te divorcias
de un pingüe dote...

D. MIG. Pues qué!
no es mil veces mas preciosa
mi libertad?

JUG. 3.º Es divina!

D. MAU. Poner en rifa á su novia!
Eres un héroe, y ni César,
ni Pirro, ni Epaminondas
dieron (ah necio!) tan alto
asunto á bronces ni trompas.

D. MIG. Ea, á dos duros la carta!

JUG. 4.º Y ¿qué hacemos con la copia,
sin original?...

D. MIG. El marco—
mirad!— es de oro y aljófar.
(*Siguen examinando el retrato con risa
y algazara.*)

FEL. Infame!... No puedo mas!

D. TOR. Aquí no estás bien ahora.
Vete. Yo rescataré
la prenda.

Escena XIV.

DICHOS, menos FELISA.

D. MIG. (*Poniendo el retrato sobre la mesa,
tomando una baraja y presentándola
en forma de abanico.*)

Vamos; ¿quién compra
cartas?

D. GIN. Vengan cinco.
(*Las toma á su eleccion y pone su im-
porte sobre la mesa.*)

D. TOR. Vengan
todas las restantes.
(*Toma el resto de la baraja.*)

D. MAU. Hola!

D. MIG. Cómo! ¿es usted?...

D. TOR. Si, señor.

D. MIG. Caballero... Yo... Me choca...

D. TOR. Así será mas sencilla
la operacion y mas pronta.
Dando una á una las cartas
hay rifa para tres horas.

D. MIG. Pero . (Es mi malgenio este hombre.)
Si usted se las lleva todas...

D. TOR. Yo soy así..., codicioso,

- y cuando próspero sopla
el viento de la fortuna,
nunca le vuelvo la proa.
- D. GIN. Acaso este caballero
conocerá á la señora
cuya...
- D. TOR. No lo sé: aun no he visto
el retrato, ni me importa;
pero las rifas me tientan
y las pinturas me arroban.
Ea, tire usted, que es tarde
y se cerrarán las fondas.
- D. MIG. (Qué haré?)
- D. TOR. Por vida del chápиро!...
¡Ocurrirle tan donosa
diablura, y faltarle aliento
para ponerla por obra!
- D. MIG. Señor mio!...
- D. MAU. (Al oído.) No te piques;
que te hundirás si lo notan.
- D. TOR. O no echarla de tronera,
ó serlo en debida forma:
ó servir á Dios, ó al diablo;
lo demás es ser hipócrita.
- D. GIN. Bien dice! (Este tio... impone.)
- D. MIG. Eh! ya basta de parola.
Yo nunca me vuelvo atrás,
y si todos se conforman...
- LOS JUGS. Por qué no?—Sí.
- D. MIG. (Tomando otra baraja.)
Barajemos.
- D. TOR. Permita usted que antes ponga
sobre la mesa el dinero. (Lo hace.)
(Si con cinco cartas solas
(Mostrando á D. Ginés.)
se lleva este hombre la alhaja,
será preciso que escoja
ó el oro de esta cartera, (La guarda.
Tentándose un bolsillo.)
ó el plomo de esta pistola.)
- D. MIG. Al primer naípe?
- D. TOR. Se entiende.
A qué gastar ceremonias?
- D. MIG. Corte usted.
- D. TOR. Corto. (Lo hace.)
- D. MIG. (Volviendo la baraja y presentando
la primera carta.)
El seis de oros.
- D. GIN. (Mirando sus cinco cartas.)
No está aquí!
- D. TOR. (Arrebatando el retrato.)
Mia es la joya!
(Guardándolo.)
Buenas noches, caballeros.
(Yéndose.)
(Oh gozo! oh ventura! oh gloria!)

Escena XV.

DICHOS, menos D. TORCUATO.

- D. MAU. ¡Qué ufano vá y qué contento
con su bella miniatura!
- D. MIG. (Y yo tengo calentura.)
- D. GIN. Qué aire de remordimiento!
- D. MIG. (Con risa forzada.)
Yo!... Quiá!
- D. MAU. Damas cuantas quieras
te ha de valer este rasgo.
Amor es un lindo trasgo
que protege á los troneros.
- D. GIN. Con que son mil y seiscientos...
Si se adopta la tarifa,
mañana te pongo en rifa,
iman de mis pensamientos.
- D. MAU. Dejemos ya este episodio
y á cenar!
- D. MIG. Dónde?
- D. GIN. En Lardí?
(Siguen hablando bajo. Aparece Fe-
lisa por la derecha.)

Escena XVI.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. FELISA.
Jugadores. Máscaras.

- FEL. (Buen tutor! Todo lo oí.
Me salva! Es mi ángel custodio.
Mas aunque me riña luego,
yo he de echar mi cuarto á espadas.)
- D. MIG. Ea, á cenar, camaradas!
- D. MAU. Broma hasta el día!
- FEL. (Yo llego.)
Chit!...
- D. GIN. Hola! á quién? á mí?
- FEL. No.
- D. MAU. Pues ¿á quién?
- FEL. A don Miguel.
- D. MAU. Lo dije!
- JUG. 4.º Todas á él!
- D. GIN. Otra Diosa!...
- D. MIG. (Con afectada indiferencia.)
Un dominó!
- Qué quieres, linda zagala!
- FEL. Hablarte en particular.
- D. MIG. (Aparte con sus amigos.)
La convidaré á cenar.
- D. MAU. } Sí.
- D. GIN. }
- D. MIG. Esperadme en esta sala.
(D. Mauricio, D. Ginés y los Juga-
dores se retiran por la izquierda.)

Escena XVII.

FELISA. D. MIGUEL. MÁSCARAS.

D. MIG. Quién eres?

FEL. Soy mensajera
de la dama del retrato,
y vengo á ver si rescato
á la pobre prisionera.

D. MIG. (Cielos!) Yo.. Quien ..

FEL. Es crueldad
que una cara no muy fea
por tu ingratitud se vea
en el Monte de Piedad.

D. MIG. Yo... El retrato ..

FEL. Ah! ya confiesas..

D. MIG. No.—En casa me lo dejé.

FEL. ¿Y qué dirá, si lo vé,
la niña de las Salesas?D. MIG. Cómo!..(Es bruja?)Tú.. ¡Es posible..
Si eres...

FEL. Claro está.

D. MIG. (Me abisma!)

Si eres la... (Sudo!)

FEL. La misma.

D. MIG. (Oh rifa infausta y horrible!)
Perdona! Un bárbaro acceso
de incomprensible locura...FEL. Cinco onzas, y en miniatura!
Pagada está con esceso.D. MIG. Ah! no con fingida calma
cuando tu piedad aguardo
aguces, mi bien, el dardo
que me dilacera el alma.
Arrepentido, confuso,
desalado....

FEL. (Así te quiero.)

D. MIG. De alevé y mal caballero
ante tus plantas me acuso.FEL. Acusarte! ¿Así desmientes
tu bien adquirida fama?

(Riéndose.)

Ja, ja....

D. MIG. (Desconcertado.)

Pero... esa soflama...

FEL. Menguado! Ya te arrepientes...

D. MIG. Yo...

FEL. Tronera vergonzante!

D. MIG. Llevas careta, y no sé
cómo.... á quién...FEL. Yo arrancaré
la que cubre tu semblante.
Delante de tus amigos
haré que tu afrenta llores...

D. MIG. Tente!...

FEL.

Diciendo:

(Esforzando un poco la voz.)

Señores!

sean ustedes testigos...

D. MIG. Por Cristo, baja la voz!

Me pones en un conflicto
si en son de público edicto...
Mascarita, eres atroz!FEL. ¿Qué he de hacer con un proteo
qué así provoca mi saña
desmintiendo la alta hazaña
que es mi mas alto trofeo?D. MIG. Luego ¿no eres— pésia tal!
la del retrato?

FEL. Ay de mí!

Plugiera al cielo que sí!—

Soy víctima... original.

D. MIG. Pues ¿cuándo... Yo... ¿Qué interés...

FEL. ¿No te dice el alma á voces
quién soy? ¿Ya no reconoces
á Adelaida la de Uclés?

D. MIG. (Esta es otra!)

FEL. Qué te pasma?

D. MIG. ¿Tú Adelaida?

FEL. Yo que te hablo.

D. MIG. (¿Habrà dado cuerpo el diablo
á mi fingido fantasma?)

(Para sí, pero en alta voz.)

Ah! ya caigo... Sí; ella es.

FEL. Quién?

D. MIG. La mujer de Benito.

FEL. Yo?

D. MIG. Con tu broma estoy frito.

Dios te lo demande, Inés!

FEL. ¡Yo Inés! ¡Yo, nombre del vulgo?

¡Yo de un Benito, qué afrenta!

mujer...; mal digo; *parienta*?

Calla, calla, ó te excomulgo.

D. MIG. Con efecto; eres mas alta...

tu voz tiene otro metal...

¿Quién eres, mujer fatal!

Ya la bilis se me exalta.

Ah!... (La Inés tiene un lunar
en la diestra...)

FEL. Infel! tirano!

D. MIG. Quieres mostrarme esa mano?

FEL. (Quitándose el guante.)

Qué! me llevas ya al altar?

D. MIG. Sí; pronto...

FEL. (Dándole la mano derecha.)

Mírala atento.

Con ella te di mi fé

cuando contigo salté

las paredes del convento.

D. MIG. (Habrà mayor embustera?—

No hay lunar; no es Inesilla.—

Oh qué suave! Mantequilla.)
 FEL. Es mano esta de cualquiera?
 D. MIG. Y este anillo...
 FEL. Un testimonio
 de tu amor.
 D. MIG. Eh?... Sí..
 FEL. El de marras.
 D. MIG. Ya.
 FEL. El que tú me diste en arras
 del pactado matrimonio.
 D. MIG. *(Entre dientes.)*
 Vive Dios!...
 FEL. Eh? Niega pues
 que soy...
 D. MIG. Serás quien quisieres.
 FEL. *(Alzando la voz.)*
 Caballeros!...
 D. MIG. Calla! Si; eres
 Adelaida la de Uclés.
 Pero ¿á qué vienes aquí?
 FEL. Con un objeto muy santo?
 D. MIG. Qué objeto?
 FEL. Saber en cuánto
 me vas á rifar á mí.
 D. MIG. Oh! al fin me haces estallar.
 ¿A qué atermentarme así,
 si ni tú á mí ni yo á ti
 nos podemos ya engañar!
 Acabemos! Yo he de ver
 las armas con que me hieres;
 yo quiero saber quién eres,
 ángel, demonio, ó mujer.
 FEL. Una criatura humana
 que se interesa por tí.
 D. MIG. Me amas?
 FEL. Si.
 D. MIG. Mucho?
 FEL. Así, así;
 como amiga; como hermana...
 Mas de lo que tú mereces.
 D. MIG. Pues bien, á tus piés me postro
 y...
 FEL. *(Deteniéndole.)*
 Tente!
 D. MIG. Muéstrame el rostro:
 te lo ruego una y mil veces.
 FEL. No temes?..
 D. MIG. Nada me arredra.
 FEL. Sea. Ven hácia esta parte.
(Se lleva á los bastidores de la derecha quedando Felisa de espaldas á los de la izquierda.)
 D. MIG. Alza ya...
 FEL. Vas á quedarte
 como una estatua de piedra.
 Nos ven?

D. MIG. No; todos se han ido.
 Vamos, mi ruego te venza...
(Felisa se quita la careta.)
 Ah!
(Se queda estupefacto.)
 FEL. Muérete de vergüenza.
 Si alguna vez la has tenido,
 D. MIG. Muerto soy! Perdon! Piedad!...
 D. MAU. *(Dentro.)*
 Miguel!
 FEL. Silencio.

Escena XVIII.

FELISA. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.
Jugadores. Máscaras.

D. GIN. ¡Aun los dos
 aquí!
 D. MIG. *(A Felisa en voz baja: ella se pone
 la careta.)*
 Tápate por Dios!
 D. MAU. Es mucha arbitrariedad.
 D. GIN. El hambre nos trae aquí.
 D. MAU. Si te ha flechado esa bella,
 tráela y cenemos con ella...
 ó cenaremos sin ti.
 FEL. *(Aparte con D. Miguel.)*
 Pagado tengo el escote,
 y bien pudiera...
 D. MIG. *(En tono suplicante.)* Ah señora!...
 FEL. Mas no ceno yo á tal hora
 ni entre tanto monigote.
 D. MIG. *(A sus amigos.)*
 Esta señora no cena:
 ya os sigo..., con su permiso.
(En voz baja.)
 Perdóne usted... Es preciso...
 FEL. Vaya usted muy norabuena.
 D. MIG. Nos veremos? *(Pierdo el juicio!)*
 FEL. *(Desdeñosa y sentándose.)*
 No sé. Adios.
 D. MIG. *(Tanto desastre!)*
 FEL. *(Temo que al vicio le arrastre
 la hipocresía del vicio.)*
 D. MAU. *(Aparte con D. Miguel, tomándole
 del brazo.)*
 Qué tienes?...
 D. MIG. *(Noche infernal!)*
(Con risa forzada.)
 Nada!
 LOS JUG.^s A cenar!
 FEL. *(Insensato!)*
 D. MIG. *(Siguiendo á los demás.)*
(Ay fatídico retrato!
(Volviendo la vista hácia Felisa.)
 Ay divino original!

Escena XIX.

FELISA. INES. *Máscaras.*

- FEL. Pobre Miguel! El es bueno, pero el ejemplo maldito...
(Se quita la careta y se levanta.)
 INES. *(Llegando por la derecha.)* Aquí está.
 FEL. Inés! Y ¿Benito?
 INES. Cantó lo suyo y lo ajeno.
 FEL. Pues qué hay? Cuéntame...
 INES. *(Quitándose la careta.)* Mañana se bate con D. Miguel.
 FEL. ¿Cómo....
 INES. Farsa...
(Mirando al foro.) Ah! ¿no es aquel...
 Sí, con una valenciana...
 Y me juraba de hinojos...
 FEL. Inés!... Oye...
 INES. Aleve! ingrato!
 Vuelo... Ahí está D. Torcuato.—
 Le voy á sacar los ojos.

Escena XX.

FELISA. D. TORCUATO. *Máscaras.*

- FEL. Pobre chica!... ¡Qué bribones todos!
 D. TOR. Aquí estabas!
 FEL. Sí.
 D. TOR. ¡Y yo de aquí para allí buscándote en los salones!
 FEL. Le vi, le hablé: estoy vengada.
 D. TOR. Sí?
 FEL. ¡Cuál su tormento fué cuando viva le mostré á la que él rifó pintada!
 D. TOR. Sabe ya quién eres?
 FEL. No,
 ni lo ha de saber tampoco hasta que le vuelva loco la dama del dominó.
 D. TOR. Yo (ay Dios!) que tu bien deseo mas que el mío... *(Saca el retrato.)*
 Ah! Don Torcuato!
 FEL. Vuelvo el cautivo retrato...
 FEL. No! Guarde usted su trofeo.
 D. TOR. Ah!... Se hizo para Miguel, y yo...
 FEL. En buena mano está.
 Usted no me venderá como me ha vendido él.
 D. TOR. No. Primero el corazón

me arrancarían...

- FEL. Lo sé.
 D. TOR. Y.... ¿Cómo debe mi fé interpretar este don?
 FEL. Callar me manda el recato.
 D. TOR. Podrá tan dulce favor ser de pupila á tutor...
 FEL. O de Felisa á Torcuato.
(La música toca y desaparecen las máscaras.)
 D. TOR. Ah! muera á tus piés de gozo quien...
 FEL. *(Deteniéndole.)* Quieto! Oye usted el son?
 Bailemos un rigodon.
 D. TOR. Sí, sí. Oh Dios! Hoy me remozo.—
 Mas ¡tan linda criatura con este rudo mastranzo!... veinte años ha que no danzo... No; quita allá! Qué locura!—
 Con todo, estaré en un potro, francamente te lo digo, si tras no bailar conmigo, te veo bailar con otro.
 FEL. No haré yo tal: Dios me guarde!...
 D. TOR. Mi bien!...
 FEL. Busquemos á Inés, y volvámonos los tres á la quinta; que ya es tarde. Allí, si el cielo es propicio, por el sistema homeopático curaremos á un maniático la hipocresía del vicio.
(Vánse por el foro.)

*Fin del acto segundo.**(Se continuará.)*

SINONIMOS CASTELLANOS (1)

ADVERSARIO, ANTAGONISTA, CONTRARIO,
EMULO, ENEMIGO.

La idea de malquerencia, mas ó menos declarada, es comun á estas cinco voces; pues si no hay directa intencion de dañar al *émulo*, si no se le mira con el encono que al *adversario*, al *antagonista*, al

(1) La presente publicacion deja á salvo los ulteriores derechos de propiedad que las leyes garantizan al autor para la impresion de ella.

contrario ó al *enemigo*, por lo menos se aspira á vencerle, á superarle, y no puede querer mucho á una persona el que á costa de ella desea lucir y triunfar. Hay sin embargo, nobleza, y cuando nobleza no, hay siquiera honradez en el fin á que dos ó mas émulo conspiran y en los medios que emplean para conseguirlo, lo cual nunca ó rara vez sucede en las contiendas á que los otros vocablos separados aluden. Por tanto, la *emulacion* se toma siempre en buena parte, se recomienda como una virtud, y en todos conceptos es altamente beneficiosa á las familias, á los pueblos, á los estados, á la humanidad entera; y siendo así, poco importa que intereses del todo mundanos, y no muy en consonancia con la evangélica caridad la suelen promover.

Entre los otros nombres, el de mas dañina intencion es *antagonista*, porque indica una aversion omnimoda y absoluta entre dos sugetos, una antipatía instintiva que en toda ocasion y á todo trance se manifiesta.

Entre *adversario* y *enemigo* hay, absolutamente hablando, poca diferencia: en una y otra dición se sobreentiende una ofensa que pide venganza, miras encontradas, incompatibles. Entre *adversarios* y *enemigos* caben, no obstante, acciones generosas, si bien muy contadas y recayendo regularmente sobre el que ya está vencido; cabe tambien la reconciliacion, que por maravilla consienten aquellos á quienes divide natural *antagonismo*. Se distingue de la voz *adversario* la de *enemigo* en que esta, y no la otra designa al que ofende y se defiende con armas, y especialmente cuando milita en opuestas filas. *Enemigo* se usa tambien como voz colectiva que comprende poca ó mucha gente armada, y aun un ejército entero, y por antonomasia la aplicacion al demonio.

Si *contrario* no es sinónimo de *adversario*, le falta poco para serlo, quizá porque en el mismo caso están las dos preposiciones latinas *adversus* y *contra* de que respectivamente derivan. Con todo, el uso, quiere que en materias litigiosas se emplee con preferencia la voz *contrario*. Esta es

además muy usual, y ya no *adversario*, como adjetivo; v. g. *la parte contraria*; yo digo lo *contrario*, etc., y como modo adverbial (*al contrario por el contrario*), adaptándose en el primer concepto á cosas y personas, y en el segundo á cosas solamente.

ADVERTIR, AVISAR, PREVENIR.

En la significacion de *advertir* pueden tener parte el cariño ó el consejo, el mandato ó la amenaza; la de *prevenir* indica, por lo regular, intimidacion, rigor, superioridad. Caben en la accion de *avisar* ideas, así de afecto y de bondad como de malevolencia; pero las mas veces se contrae, sin segunda intencion, á poner en conocimiento de una persona lo que no sabia, lo que descuida ó lo que no recuerda, al paso que una *advertencia* ó una *prevencion* nunca son indiferentes.

Un portero que cita para tal ó cual junta á los que han de componerla, un cartel de teatro, la muestra de una tienda etc., *avisan*; no *advierten* ni *previenen*. Por otra parte, para la ejecucion de lo que significan estos dos últimos verbos, no es indispensable que medie otra persona, como para que el *aviso* se verifique: el hombre *advierete* espontáneamente los errores que ha cometido y *previene* los riesgos de un viaje, las contingencias de un negocio; pero nadie se *avisa* á sí mismo.

AFERRAR, AGARRAR, ASIR.

Conviniendo estos verbos con la idea de cojer, tomar una cosa con mas ó menos fuerza, denotan los grados de esta de mayor á menor segun los hemos colocado, siendo pues mas vigorosa la accion de *aferrar* que la de *agarrar*, y la de *agarrar* que la de *asir*.

En la mano del que *aferra* se supone la fuerza del *hierro*, y la misma voz lo indica, siendo tambien una de sus acepciones la de apoderarse de una nave por medio de garfios *férreos* que la sujetan á otra, y asimismo la de sostenerla sobre las aguas por medio de las áncoras que se clavan ó *aferran* en el fondo.

Del que *agarra* diríamos que convierte sus dedos en *garras* agresivas, queriendo darles la fuerza de las que arman á ciertos animales, fuerza que nunca puede alcanzar tanto como la del hierro.

Para *asir* se emplea algun esfuerzo mas que para *cojer*, pero no tanto como para *agarrar* ó *aferrar*. Se dice, no obstante, *asir*, y aun simplemente *cojer* la ocasion por los cabellos; mas aunque esto dé al verbo de la frase tanta energia como á los otros, no es en sentido material, sino en el figurado.

La diferente significacion de los mismos verbos cuando se usan como recíprocos, consiste en que el primero indica tenacidad, obstinacion; el segundo, impaciente deseo; el tercero, necesidad urgente, y cada cual de los tres pide preposicion distinta. Así lo prueban estas ó semejantes locuciones: *aferrarse* en su opinion, *agarrarse* á un clavo ardiendo, *asirse* de una tabla.

AGILIDAD, LIGEREZA.

Agilidad es cierta disposicion del cuerpo que le permite ejecutar con facilidad y prontitud toda clase de movimientos: *ligereza* es esta misma *prontitud*, aunque no la *facilite* la aptitud corporal.

La *agilidad*, es constitutiva, orgánica, y puede ser inactiva: la *ligereza*, aunque á ella convida la *agilidad*, es hija del celo, de la necesidad, del deseo.

Los niños son mas *ágiles* que los jóvenes, estos mas que los viejos; pero hay viejos proporcionalmente mas *ligeros* que los jóvenes, y jóvenes que vencen en *ligereza* á los niños. Es verdad que empleamos este nombre con preferencia al otro para designar á ciertos animales que naturalmente corren ó se mueven mucho; pero es porque consideramos en ellos, como se ha indicado arriba, no la aptitud para moverse rápidamente, sino la costumbre de hacerlo, unos para acometer á los mas débiles, otros para huir de los mas fuertes: tambien en la ocasion muestran *ligereza* un asno, un cerdo, nada *ágiles* ni esbeltos de suyo.

El que naturalmente es *ágil*, puede ser

ligero cuando le convenga; pero puede tambien (y sucede con muchos) ser tardío, lento y moroso, al paso que, si bien la *ligereza* es de mas provecho que la *agilidad*, y alguna se adquiere con el ejercicio, no es dado á los gordos y á los entrados en años ser tan *ágiles* como á los de poca edad y de carnes enjutas.

Ligero y *ligereza* se usan en sentido figurado; *ágil* y *agilidad*, nunca. *Ligero*, no *ágil* de cascos, *ligereza*, no *agilidad* de conducta decimos; y esto mismo nos da otra prueba de que la *agilidad* es mas innata, está mas identificada con la constitucion fisica del individuo que la *ligereza*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

LAS DOS AMAPOLAS.

Nacieron juntas y vivieron solas
De un valle ameno en la apartada orilla
Dos tiernas amapolas.
Y refiere la crónica sencilla,
Que estas flores lozanas
Se amaron inocentes
Con el tranquilo amor de dos hermanas.
Dióles benigno el cielo
De belleza gentil rico tesoro:
De reluciente púrpura las hojas;
Negro boton y pétalos de oro,
Virginal inocencia;
De pudoroso afán tiernas congojas,
Ligeros tallos y amorosa esencia.

Las brisas del estío
Al despuntar el alba,
Coronaban sus frentes de rocío.
Solicita la malva
Era á sus piés inimitable alfombra;
Y con amante empeño,
Al disipar la sombra
De la niebla importuna,
Velaba inquieta su apacible sueño
La blanca luz de la naciente luna.

La crónica un momento
Deteniéndose en serias reflexiones,
Explica el sentimiento
Con que estrecha el amor dos corazones:
Y luego haciendo punto,
Porque al lector discreto no fatigue
Lo grave del asunto,
Así la fácil narracion prosigue.

Una mañana el cefirillo blando

Sediento del amor de la hermosura,
Se detuvo mirando
Aquel tesoro de inocencia pura;
Y dócil resbalando
Con afán indeciso
Entre sus hojas bellas,
Enamorarlas quiso,
Como él estaba enamorado de ellas.

Y sucedió, que al amoroso aliento
Con que el céfiro vago las mecia,
Se inclinaron con débil movimiento
Por placer, por pudor, por cortesía;
Y él impaciente en tanto,
Viendo en sus ricas galas
Del virginal amor el dulce encanto
La ciñe con sus alas;
Y al deshacerse en inconstante giro,
Estampa en cada flor ardiente beso,
Les arranca un suspiro
Y huye veloz por el ramaje espeso.

Y cuando triste y de misterios llena,
De su pompa fugaz haciendo alarde,
Apacible y serena
Su manto de vapor tendió la tarde;
Abrazadas y solas
Compartiendo su pena
Las dos enamoradas amapolas,
Esperaban que ansioso volvería
El céfiro lozano
En los suspiros últimos del día....
Y esperaban en vano;
Porque el céfiro ingrato no volvía.

Y en su amante impaciencia,
Por si á sentirla el cefirillo alcanza,
Llenaron el ambiente con su esencia,
En el postrero afán de su esperanza.
Y como es el amor dulce alimento
Del alma tierna para amar nacida,
Y la esperanza aliento
Que si llega á faltar, falta la vida;
Al derramar el alba sus fulgores,
De oriente abriendo las rosadas puertas,
Vió con hondo pesar entrambas flores
Coronadas de lágrimas.... y muertas.

No dice mas la crónica, mas cabe
Aquí la presunción —aunque salvando
Que con seguridad nada se sabe
Y solo se presume—
Que en ansia triste el cefirillo blando
Desde entonces se agita y se consume;
Y que por eso vaga
En perpétua inquietud, y ansioso llena
De lágrimas la flor á quien halaga;
Que por templar su pena
Continuamente gira,
Y mas crece el pesar que lo devora;
Que por eso en las márgenes suspira,
Y en las espumas de la fuente llora;

MARZO.

Que su dolor mas crece
En el monte, en la vega,
En la flor que en su seno lo recibe;
Y que á tal punto su tormento llega,
Que eternamente sollozando vive.

JOSE SELGAS Y CARRASCO.

REVISTA DE MADRID.

*Mal principio de mes.= Una catástrofe.=
Sus consecuencias.= Su desenlace.= Ma-
la ventura.= Otra segunda parte en las
desgracias.= Muerte del Arzobispo de
Toledo.= Su entierro.= Un salto mortal
de los infortunios á los placeres.= Los
bailes.= Su tipo.= La vida perdurable!
Alubion de reuniones, bailes y saraos.=
Casa de los Sres. Castilla y Daban.=
Bailes de máscaras en el Teatro Real.
= El carnaval.= Una ilusión.*

El mes ha sido fecundo en desgracias;
famoso en acontecimientos.

Se inauguró con una catástrofe.

Se estinguió con un baile de máscaras.

¡Quién habia de calcular tal principio!

¡Quién podria sospechar tal fin!

El infierno del Dante ha quedado ena-
no ante el infierno madrileño; porque nun-
ca en tan corto tiempo han brotado de los
labios de la humanidad tantos ayes, gritos,
suspiros, lamentos, imprecaciones, risas, ge-
midos, ni sollozos como en el vasto re-
cinto de la capital de España, en los raquí-
ticos y miserables dias de un solo mes.

Una mañana salimos temprano de nues-
tra casa.

Era una mañana triste como un desen-
gaño: encapotada como un presentimiento.

La noticia de una catástrofe hirió nues-
tros oídos, antes que la luz del sol nuestra
vista.

Los males son alados; los bienes tardíos.

Jamás se recibe la noticia de una feli-
cidad con la anticipación que la de una
desgracia.

Y es que no puede negarse que cosa
cumplida, solo en la otra vida.

18



Pero vamos al caso.

El domingo 1.º por la noche habian estado de tertulia en casa de una jóven y bella señora viuda, llamada doña Fernanda Checa y Magro, un tal Mendivil y un tal Sabas, protegido este último desde edad muy tierna por la mencionada señora. Serian como las diez, cuando dejando de bailar pasó doña Fernanda á acostar á su hija, niña de siete años de edad, que tambien se hallaba en la reunion. Así las cosas, y poco rato despues todos se retiraron, escepto Sabas y Mendivil, del cual tenia al parecer celos furiosos el primero, por juzgarlo en relaciones amorosas con doña Fernanda.

Y efectivamente, así lo probó.

A una alta hora de la noche parece que acometiendo al Mendivil, trató de matarlo: el cual, poniéndose en defensa con muebles y cuanto hubo á la mano, pudo hurtar por algun tiempo las furiosas acometidas de su rival, hasta que al fin este, logrando dominarlo un momento, lo cosió acto continuo á puñaladas.

Pero no paró aquí todo.

Apenas enrojeció el puñal con la sangre del infortunado Mendivil, cuando ebrio de venganza se dirigió al cuarto de doña Fernanda y al punto la dejó cadáver de dos puñaladas en el corazon y algunas en la garganta.

A la mañana siguiente, el Sabas lavó y vistió á la niña muy temprano, y llevándola en seguida á casa de su padrino el general.... le dijo que allí la esperaba su mamá.

Hecho esto, volvió á la casa de la calle del Rubio, y concluida de escribir una carta en que manifestaba lo ocurrido, declarando ser motivos particulares, que á nadie importaban los que le habian obligado á cometer aquellos asesinatos, arrastró los dos cadáveres á otra habitacion; y sentado sobre ellos, se deshizo el cráneo de un pistoletazo.

Ahora veremos como se descubrió el hecho.

Mendivil tenia un hermano con el cual vivia. Ahora bien; apenas vió este el martes por la mañana que su hermano no aparecia, que sin vacilacion ninguna se dirigió á la calle del Rubio, seguro de que en casa

de doña Fernanda, podrian darle noticia alguna de su paradero.

Llega pues; sube, llama: pero todo en valde; el silencio de las tumbas reina en lo interior.

Entonces se dirige al inspector de policía, con el cual, previas las formalidades consiguientes, penetra en la habitacion.

Figura s cual seria su pasmo, su asombro, su estupor, al contemplar el espantoso espectáculo que se presentó á su vista.

Desde luego nos negamos á describirlo.

Porque no hay frases suficientes en el lenguaje humano para reseñar siquiera un acto de esta especie.

Supla, pues, á ello, el buen juicio de nuestros lectores.

La noticia, como es de suponer, cruzó los ámbitos de la capital con la velocidad del rayo; y tal fué el efecto que produjo, que apenas se iba á parte alguna, que no se oyese algun nuevo detalle sobre tan tremenda catástrofe.

Pero como nada hay eterno en la existencia humana, y menos durable, el caso es, que poco á poco, la proximidad del carnaval, de ese delirio de la humanidad disfrazado de arlequin, de ese pandemonium de miserias domésticas, fué borrando á manera de telon de teatro, del sentimiento de los espectadores todas las sombrías ideas que momentos antes les abrumaba la imaginacion y poco tiempo despues ya nadie recordaba la página de sangre que acababa de aterrorizar su corazon.

Y el sol de un nuevo dia estinguió un recuerdo.

Y la llegada de la noche creó un olvido.

Y la proximidad de un placer, ahogó el sentimiento de un dolor: que así es el mundo.

Pero he aquí que á los pocos dias, aunque de distinta especie, otra nueva desgracia vino á llenar otra nueva hoja en el libro de los infortunios, y á recordar aquel conocido adagio de „bien venido mal, si vienes solo.“

Un jóven y brillante oficial del cuerpo de Ingenieros, debia contraer matrimonio con una señorita muy conocida en Madrid, á quien en extremo amaba. Mas la fata-

lidad tendió su mano, y un incendio ocurrido en la casa que debían ocupar los novios, vino á demorar el tan anhelado y ya próximo enlace. Sin embargo, todo volvió á arreglarse; y cuando ya todo estaba preparado, los padres del novio en Madrid, hechos los regalos, y cuanto es de ley en estos casos, una pulmonía fulminante arrebató en treinta y seis horas al joven oficial del seno de las personas amadas.

Hay casos, en que casi es preciso creer en la fatalidad.

Y este es uno de ellos.

También el general Mazarredo ha rendido su tributo á la tierra.

Ha muerto dejando en el mundo involvidables recuerdos de amistad.

¡Qué dichoso el hombre que puede hacer otro tanto!

No hay flores que valgan sobre una tumba, lo que una lágrima consagrada á un recuerdo.

Ellas son sublimes, porque ellas brotan de lo profundo del alma, y el alma bien sabemos que fué siempre emanación de Dios.

Pero entre tantísima defunción, entre tanto personaje finado, ninguno como el Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Juan José Bonel y Orbe, primado de las Españas, canciller mayor de Castilla, confesor de la Reina, etc., etc., muerto ha pocos días á los 75 años de edad.

El Emmo. Cardenal habia nacido en Pino del Rey, diócesis de Granada, el 17 de Marzo de 1782, habiendo sido elevado á Cardenal por Pío IX en 1850.

El cadáver, después de tres días de exposición, fué conducido al panteón de Toledo, con toda pompa y solemnidad.

Se le hicieron los honores de Infante.

Un batallón de infantería, con bandera plegada, alguna caballería, el gobernador, las hermandades, y un numeroso cortejo de carruajes, fueron los que acompañaron el cadáver hasta la Puerta de Atocha.

La carrera estaba cubierta por la tropa de la guarnición.

La carroza donde iba el cuerpo del prelado era magnífica. Toda ella estaba cubierta de rico terciopelo de Utrech, dora-

da, con severos adornos y lujosos escudos de armas, rematando en una grandiosa corona, lo cual la hacia de un gusto y elegancia esquisitos.

Pero basta de muertos, que hartos nos dan que hacer los vivos, y entremos de lleno en lo verdaderamente vaporoso; esencialmente poético; y admirablemente consolador: en los bailes.

Oh! los bailes! los bailes!

¡Quién no ha bailado en su vida!

¡Quién no ha sentido alguna vez conmoverse su corazón, evaporarse su espíritu, al rodear con el brazo el flexible talle de la mujer amada; al aspirar su aliento, beber su mirada, absorber sus sonrisas!

¡Quién no se ha considerado profundamente feliz al sentir los latidos del turgente seno de una mujer, voluptuoso como una creación, medio perdido entre tentadoras gasas, como la hourí de un sueño, como la ondina de un lago entre las azuladas ondas de melancólicos murmullos en uno de esos salones, donde las lunas de Venecia suplen á la luna del firmamento; donde las ricas colgaduras de tisú y oro movidas por el ligero roce de las sedas, semejan al vago murmullo del espléndido ramaje de los bosques; donde las ricas alfombras de Persia, de floridos contornos, de elegantes formas, remedan la espléndida alfombra de los campos, de esbeltas flores y hechiceras galas; donde las luces multiplicadas en mil espejos de indefinidos horizontes, parecen querer superar los mundos de estrellas perdidos en el firmamento; donde las armonías, de esos ecos de indefinible languidez que marcan los compases de un baile y se evaporan después en aquellos estrechos límites de encantos y perfumes, aspiran como á imitar las armonías que en alas de los vientos envía el mundo como una ofrenda á los pies del Hacedor; donde todo, en fin, parece formado, convertido y creado para una sola noche de olvido, de amores, de embriaguez; para que la vida del corazón se prolongue con un recuerdo, y las creaciones del espíritu se alimenten con otra creación.

Oh! un baile! un baile donde todas son galas, flores, riqueza, atavío, luces, oro, mú-

sícas, amores, bullicio, inspiracion; donde las mujeres parecen los destellos de la divinidad; las flores almas de las vírgenes; las luces átomos del sol: es la verdadera gloria de la vida, la rica joya de las ilusiones, el trasunto de la felicidad, tras la cual quisiera uno desaparecer, para no verse luego convertido en juguete de una embriagadora pesadilla, que acaba por corroer el corazón.

Pero ah! vana quimera, mentida creacion del pensamiento!

¿Dónde se halla eso?

¿Dónde se toca la felicidad con prisma tan seductor y halagüeño?

En la pubertad: mejor dicho, en la infancia.

Pero nosotros, los que contamos ya veinte y cuatro años de vida; los que ligeros en vivir, como tardíos en conservar, hemos visto atravesar nuestra existencia en brazos de un sueño, como fugaz vapor de la mañana, mártires por el sentimiento, desdichados por la creencia: nosotros, los que sin pasado alguno, olvidados del presente corremos tras lo porvenir, tras ese fantasma, de indefinibles formas y caprichosos tintes, que siempre vemos y que jamás logramos, alimentados por la esperanza, sostenidos por el espiritualismo; nosotros que vemos todo bajo el prisma mas tierno y consolador, sin contar que las ilusiones no son otra cosa que el pasto de los desengaños; nosotros, en fin, que amamos todo lo bueno, todo lo noble, todo lo grande, porque creemos en lo bueno, en lo noble y en lo grande, como creemos en Dios, en las ilusiones, en la mujer; no, nosotros no podemos ser felices con lo que respira la felicidad de la infancia, el aroma de la juventud, porque la infancia y la juventud son gracias que Dios concede una vez sola para que con ellas vivamos la vida de la ventura; y nosotros, sin conocerlo, hemos ahogado antes de tiempo esa savia de divinas inspiraciones, que ahora nos complacemos en recordar.

Ah! ¡qué no daríamos porque una mujer comprendiese los profundos sentimientos de nuestra alma!....

Pero prosigamos.

Los bailes están á la orden del día.

Bailes de la aristocracia, de la clase media, del pueblo: bailes en palacio, en la embajada de Nápoles, en casa de Weisweiler, en casa de Osma, en casa de Calderon; chocolates en casa de los duques de Fernan-Núñez; banquetes en casa de los generales Pavía y Narvaez; reunion en la legacion de Prusia; y en último, mascarada en el Teatro Real.

El baile de Palacio fué el 23.

Se repartieron mas de tres mil convites.

El lujo era asombroso, deslumbrador.

La atmósfera embriagadora, sofocante.

La reina no llevaba ni un diamante; ni una piedra preciosa.

La Duquesa de Medinaceli llevaba tantas, que apurada se hubiera visto cualquiera beldad, que no fuese la Duquesa de Medinaceli, para lucir y hacer brillar su hermosura entre los límpidos destellos de tan deslumbrante pedrería.

Pero las estrellas no lucirán jamás ante el sol; y por eso al sol no le ha importado salir una vez rodeado de estrellas.

Tambien llamó la atencion, que no es poco conseguir, el rico y elegante traje de la joven y simpática señora doña Adelaida La Torre y Ribero, hija única del general Ribero, hoy Director de infantería.

Es verdad que nada hay comparable á la simpatía y fraternal cariño que inspira la bondad de la espresada señora.

¡Dichoso quien tanto consigue!

En cuanto á reuniones particulares, nada hay que decir.

Son innumerables, infinitas.

Y en todas se juega, se habla, se canta, se rie, se baila, se enamora, con el mismo buen humor y la propia algazara, que si nada fuese para nosotros un día mas arrancado de nuestros buenos años, y una hoja menos en el árbol de nuestras ilusiones.

Entre las reuniones inter-caseras de mejor tono, merecen mencionarse la de las Señoras de Castilla y Señoras de Daban.

En la primera se respira esa serena confianza de las reuniones del buen tono; esa finura esquisita, ese tacto suspicaz y alegre que tal tinte, tal colorido de verdad y poe-

sía dá á los cuadros semi-serios, semi-familiares.

Es verdad que nada tan encantador como la amabilidad, finura y distincion de la señora de la casa, así como la de sus simpáticas señoritas, dignas hijas de tan apreciable señora.

Así tambien en la segunda obra una atmósfera de finura que encanta y adormece; aun cuando en esta, como es mucha la concurrencia y toda ella *viejos* de quince á veinte y cuatro años, puede calcularse si serán capaces perder una sola nota del baile que se preludia.

Muchas y muy bellas son la señoritas que concurren, descollando entre todas, como rica flor del pensil, la señorita doña Manuela Agreño, una de las mas brillantes joyas de la sociedad madrileña.

En cuanto á los bailes de máscaras del Teatro Real, lo de siempre.

Figuráos un salon como una plaza de toros: muchas luces, mucho polvo, gritos inmensos; infinitas damas envueltas en perfumados capuchones, hombres de toda especie, desde los ministros á los toreros, y desde los duques á sus proveedores de calzado: los palcos atestados de gente; una atmósfera fuliginosa; una música de doscientos profesores; y por último, un diluvio de gritos, pestes, carcajadas y maldiciones, y desde luego podeis figuraros haber asistido á un baile de máscaras en el Teatro Real.

¡Qué de engaños, declaraciones y conquistas no se hacen!

¡Qué de historias no se escuchan!

¡Qué de perfidias no se saben!

¡Y qué ojos, qué ojos no se ven bajo el velado tafetan de una careta!

Qué sonrisas! qué acentos! qué talles! qué manos! qué senos! cuánta voluptuosidad! qué indefinida embriaguez!

Y sin embargo, la mañana, la luz, el sol, acaba por sorprender tanto delirio, tanto devaneo, y ¡cosa estraña! todo el mundo se apresura á huir, á desaparecer en los carruajes, en las esquinas, en las encrucijadas, como si la luz del día hiciese recordar la insensatez de la noche, ó la vergüenza de horas pasadas en tan vanas inspiraciones.

Pero no es esto, absolutamente nada de esto, lo que pone en huida á la gente; y si solo el frio, el sueño, y el temor de una pulmonía.

¡Medrados estábamos si al salir de un baile de máscaras se pusiese uno á reflexionar en medio de la plaza de Oriente que todo aquello no era nada, nada mas que oropel, miseria, falacia, y en fin, *vanita vanitate!* Bien se le podia decir lo que aquel italiano al tragarse un huevo y sentir piar al pollo: *Tarde piache*: porque en este mundo creemos se debe pensar para hacer, y no hacer para pensar.

En cuanto al carnaval verdadero, el carnaval de calle, solo diremos una cosa; que se agüó.

El domingo, aunque amenazando lluvia, la gente se lanzó al Prado, y dicho sea de paso, las máscaras no se quedaron en zaga, contra lo que generalmente era de suponer.

Muchos jóvenes con riquísimos trages femeninos, perfectamente vestidos y mejor peinados, fueron, como todos los años, los que dieron realce á la fiesta.

Pero empezó á llover.

Y la fiesta se agüó.

Y el lunes siguió aguada.

Y aguada el martes.

Y probablemente el miércoles.

Y aquí dió fin el carnaval, por este bendito año.

En cuanto á obras, proyectos, planes y mejoras, mucho en dicho, nada en hecho.

Sin embargo, parece que el ayuntamiento se propone la instalacion de cien relojes eléctricos, que indudablemente será mejora que podrá servir de modelo en las poblaciones mas cultas de Europa.

Allá veremos.

S. DE MOBELLAN.

DE LOS SUEÑOS.

CARTA Á UN AMIGO.

Si al leer, querido amigo, en mi libro de

la *Filosofía de la muerte* los sueños, presagos de un desdichado fin en varones ilustres, has creído que no les doy toda la importancia que merecen, tratando con brevedad una materia que no es el asunto principal de mi obra: si no basta á tu deseo de discurrir sobre los arcanos de la naturaleza la memoria que hice del poeta griego Simonides, soñando que iba á ser sepultado en las olas, si entraba en su nave, y de la nave de Simonides sepultada en los abismos del mar: si nada significau para tu vehemente anhelo de ocuparte en la contemplacion de las ideas mas profundas, el recuerdo ya de Cayo Graco soñando con la ensangrentada sombra de su hermano Tiberio, que le anunciaba un fin igual por defender la ley agraria: ya el de Scipion, viendo en sueños á su preclaro ascendiente, para vaticinarle su muerte por la envidia de los suyos: ya de la mujer de César, á quien dormida se presenta el cadáver de su esposo, la noche antes de ser herido en el Senado; si por último, nada dice á tu razon clarísima el sueño de Plinio, apareciéndosele la imájen de Druso para pedirle que escribiese la historia de sus hechos en Germania, no imagines que trato de no secundar tus deseos de que ilustre mas el asunto.

Quisiera trazar la historia de las opiniones de los sabios sobre el valor que se ha de atribuir á los sueños, desde los antiguos egipcios que tenian por ciencia grande su interpretacion, hasta el moderno filósofo alemán que los considera con respecto al hombre que duerme lo mismo que la locura, con relacion al que está despierto; siendo para él la mayor ó menor exaltacion de lo que se experimenta en los mismos un grado mayor ó menor de la demencia. Pero tú no podrás menos de convenir conmigo, en que necesitaría escribir para ello un libro y no una carta.

Creo, como tú, que muchos de los sueños que la historia nos refiere, especialmente, tratándose de capitanes famosos que los contaban á sus tropas antes de dar una batalla para pronosticarles el seguro triunfo, fueron ardidés con objeto de entusiasmar á soldados que veian un enemigo formidable, y de que estos combatesen sin el temor que les ocasionaba su presencia. ¡Cuántas veces el gran Xenofonte en la célebre retirada de los diez mil, apeló á estas estratagemas de sueños, que aseguraban felicidad en la empresa! Con ellas salvó su ejército, conduciéndolo casi desde las puertas del palacio del monarca persa, por medio de profundos rios y de

montañas elevadísimas, en medio de los rigores del hambre, de la sed y del cansancio, y en medio en fin de las emboscadas y de los peligros que le oponia un ejército poderoso por su número y por el aliento que le inspiraban sus victorias. ¿Filipo y Sertorio no usaron de igual ardid para guiar á la pelea á sus huéspedes, en la confianza de que saldrían vencedores?

Pero hay otros muchos casos que demuestran la realidad del sueño que se refiere. El famoso Amilcar, tan renombrado en las guerras de los cartagineses, soñó teniendo cercada á Siracusa que una voz le anunciaba que al siguiente dia se aprestase á cenar dentro de sus muros. Con esta idea y seguro del triunfo, ordenó su ejército para acometerlos; pero los sicilianos hicieron una salida y se apoderaron de la persona de Amilcar en un sangriento combate.

El sueño presago de Amilcar se cumplió en todas sus partes: entró en Siracusa al fin, si no como vencedor, como cautivo.

No es menos notable el del ilustre general ateniense Alcibiades. Vió en él su desgraciada muerte, y tambien que estando para ser enterrado su cadáver, fué cubierto con el manto de su amada. Con efecto, hallándose fugitivo en una choza con ella, sus matadores, temerosos de su valor, prendieron fuego al edificio mientras Alcibiades dormia. Este salió huyendo; pero la muerte le alcanzó en la huida. Su amante entonces convirtió en pira para el cadáver de su amado, la misma choza que le habia servido de albergue en los postreros instantes de su vida. El manto de ella fué la cubierta que tuvieron las cenizas del valeroso Alcibiades.

Bien veo que estos pronósticos de infelicidades en agitados sueños pueden tener su origen en las contrariedades y en los peligros que siempre han combatido á los varones eminentes; y quien habla de peligros y contrariedades, puede decir lo mismo de las pasiones vehementísimas, y aun de los objetos de nuestra ocupacion diaria. ¿Qué extraño es que Alcibiades perseguido y errante con su amada, sueñe con el peligro que le amenaza y con el cariño hasta despues de muerto que le ha de manifestar aquella á quien le entregó su corazón? ¿Qué extraño que Amilcar sueñe con tomar la ciudad que cercaba? ¿Qué extraño que Plinio, que aun viajando leía ó escribía, viese en sueños sombras que lo exhortasen á componer un nuevo libro? Bien comprendo que á algunos se ha dado mas importan-

cia de la que en sí tienen á los ojos de la sana filosofía. En los tiempos antiguos donde la superstición ejercía un gran poder sobre los ánimos aun de los varones mas insignes, se creía que el acto natural de estar el entendimiento recojido en sí mismo, mientras se duerme, y por efecto de la exaltación de nuestras pasiones, agitado con mil confusas y varias ideas, atraía sobre los hombres una virtud sobrenatural para descubrir el futuro, que siempre ha sido uno de sus mas vehementes deseos: flaqueza muy disculpable que se atiende á la debilidad de nuestro raciocinio.

El médico de Octavio Augusto hallándose este enfermo y en visperas de dar la batalla en los campos Filipos, soñó que Minerva se le aparecía para que anunciase á aquel principe que de ningún modo permaneciese en los reales, sino que, acongojado gravemente de la dolencia como se hallaba, asistiese en su ejército durante la pelea. Así lo hizo Octavio. De otro modo hubiera caído en manos de Marco Bruto su contrario, al apoderarse este de sus reales.

A milagro se atribuyó este sueño por la credulidad romana: pero quitando de él lo maravilloso, ¿se debe estrañar que el médico que asistía infatigablemente á Octavio, se quedase dormido pensando en la enfermedad de este tan aguda, y en la batalla que habia de trabarse al siguiente día? ¿No pudo pensar al cojer el sueño, cuan conveniente sería para el logro de la empresa, que el caudillo animase con su presencia á los capitanes y soldados? Pues si estas ideas atraieron en sueños las otras, ¿por qué se ha de atribuir á una causa superior á nosotros lo que no era sino consecuencia legítima de los pensamientos, á los cuales debió entregarse el médico de Octavio Augusto?

Comprendo que no siempre los sueños son consecuencia directa de las imaginaciones que durante el día ó en los instantes de reclinarnos en el lecho para descansar, nos asaltan. Mas bien se pueden reputar como derivaciones lejanas de una idea, que nos ocupó en otro tiempo; pero que por un enlace, incomprendible á primera vista, viene á producir el sueño que no esperábamos.

Quizá al número de estos pertenezca aquel famoso de Ciceron, cuyas obras tanto admiras. Bien recordarás que desterrado de Roma por la saña de sus émulos, indignos como son todos los de los varones ilustres, soñó que la sombra de Cayo Mario se le presentaba, y que enterado de la tristeza de Ciceron,

lo entregó á un lictor para que lo condujese al lugar donde estaba su sepulcro, ofreciéndole que en él lograría el fin de sus desventuras. Con efecto, en el templo que Mario habia dedicado en Roma á Júpiter, decretó el Senado la vuelta de Ciceron.

Otros sueños se cuentan referentes á la infancia de los hombres ilustres, como pronósticos de la grandeza de su talento ó sus virtudes ó sus felicidades; pero no en cuanto á imaginaciones, sino en cuanto al acto de dormir. Sirva de ejemplo Platon, de quien se cuenta que estando en la cuna, un enjambre de abejas se posó en sus labios para significar la dulzura de su elocuencia, portento que se refiere igualmente del insigne historiador Hesiodo, del sublime poeta Lucano, y del elocuente doctor de la iglesia, obispo de Milan, San Ambrosio.

Del poderoso rey Midas se cuenta igualmente que durmiendo en la cuna, un enjambre de hormigas amontonó en su boca granos de trigo, de lo cual los agoreros llegaron á inferir que sujetaria la Frigia, provincia tan famosa por su fecundidad, y que tambien seria el mas rico de los mortales.

¿Cuánto en materia de sueños se ha dicho del nacimiento de los grandes hombres! De Sócrates se refiere que soñó con un cisne recién nacido que sobre sus rodillas comenzaba á echar las plumas, y á meter las alas hasta que se elevó por los aires entonando cantos dulcísimos. Al día siguiente le presentaron á Platon. Al verlo no pudo menos de esclamar acordándose de su sueño: *¡Hé aquí al cisne!* Y efectivamente, sabido es que Platon fué discípulo de Sócrates, y admirable por su elocuencia, mas poética muchas veces que filosófica.

Y no solo verás ejemplos de estos discretísimos sueños en autores de la antigüedad griega y latina. Los hay tambien, querido amigo, en los de los tiempos del cristianismo.

La madre de Justo Lipsio, aquel mónstruo de erudicion, soñó la vispera de nacer este que dos hermosos niños, vestidos de blanco, se paseaban abrazados por la habitacion donde ella estaba durmiendo.

No sé si estos niños se asemejaban á un ángel que nos pinta aquella poética descripcion hecha con estas breves palabras: *Era su aspecto como el relámpago y su vestidura como la nieve.*

Lipsio cuenta que muchas veces oyó á su madre referir este hecho portentoso y nunca se atrevió á interpretarlo. Sus biógrafos pudieron

mas que él, y en ambos gemelos vieron la ciencia y la modestia unos: otros la filosofía y la filología.

De Gaspar Becerra, aquel célebre pintor y escultor, discípulo del sublime Miguel Angel se recuerda otro sueño prodigioso. La Reina Isabel de la Paz, esposa de Felipe II, trajo de Francia una tabla que representaba á Ntra. Sra. de las Angustias. Tratándose de sacar una copia en escultura para uno de los templos mas afamados de la corte, presentó Becerra á la Reina el modelo de la cabeza de la imagen, teniendo el disgusto de que le desagradase. Lo mismo aconteció con la segunda prueba que hizo. Acongojado con su poca fortuna oyó en sueño una voz que le señaló la madera de que habia de labrar la efígie. En ella la esculpió logrando agradar á Isabel y ser recompensado régicamente.

Los amigos de lo maravilloso podrán comentar estos hechos como mas conveniente crean. Yo por mi parte quisiera, amigo, que en la filosofía se discurriese con exactitud matemática. Desgraciadamente muchas veces los hombres, guiados por los deseos ilimitados de una limitada inteligencia, califican de razones los delirios de la imaginacion. El hombre nunca se juzga tal como es en sí, ni se dá por vencido al tratar de los arcanos de la naturaleza. Adonde no llega su razon, su razon es su fantasía.

Tú que con claro entendimiento te dedicas á los estudios filosóficos hoy que la ciencia que debiera ser todo claridad, se convierte en ciencia de palabras nuevas, ni me pidas que profundice mas las causas de los sueños, ni que te ofrezca mas ejemplos de felices ó infelices soñadores, profetas de sus bienes ó de sus males. Prestándose tanto la materia de los sueños, como imaginaciones que son, á las sublimidades de la fantasía, ¿pretendes acaso que deje de ser filósofo para ser poeta? No,

amigo mio: en tal caso solo haria lo que hacen tantos como han escrito tratados filosóficos, filosóficos sí, pero fantásticos. Deseo constantemente, apartarme de todo género de alucinaciones. Por eso no quiero soñar despierto, ni sobre sueños ajenos referirte sueños míos.

Tuyo siempre de corazon

ADOLFO DE CASTRO.

A. C.

SONETO.

¿Por qué contemplo que tu frente pura
Nubla el pesar con su crudeza impia,
Cual oculta su luz el claro dia,
Tras noche horrible, borrascosa, oscura:
Esa frente de célica hermosura
Ante la cual la aurora se rendia,
Y humillaba la fuente su alegría,
Sus galas mas preciadas la natura?
¿Qué mucho que te hiera el desconsuelo
Haciéndote sentir dolor profundo
Si el ravo esparce hasta en el alto cielo
Su luz terrible, súbito, iracundo:
Que mucho ay que llores sin consuelo,
Si nada para tí hay en el mundo!

ADELA.

San Fernando 11 de Enero.

Solucion del geroglífico anterior.

Hoy domingo de Piñata se acaban las máscaras: así acabaran las máscaras continuas de la sociedad.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica.



Ayuntamiento de Madrid